lunes de **R** número especial





La mariposa, flor nacional

El verde paisaje natal

Envio

CON AMOR A CUBA, a sus días que el sol sazona y que la lluvia limpia. A los que la han mirado, al pasar, como se mira un album de retratos, viejos grabados, una ánfora, el tapiz en olvido, desvencijada el arca de los antepesados: su opulencia perdida.

Para aquellos que hurgaron, fervorosos, piel y drupa, deseando conocer su color; el oculto color que su verdura torna en ocre y bermejo. Deseando su entrañable sabor: cogollo, almendra; acendrada dulzura.

Sus contornos palpando. Las mil formas del asombro y la magia: luz de secreta fragancia; luz por los aires en vilo; luz en sazón; luz cuajada en mediodía. Incendio de amapolas, girasoles y malvas.

Ronda ardiente del Arbol Real, Arbol del Fuego, Arbol Enmascarado; abundantes en jalde, en gualda, en güinda, en escarlata. Ricos de orquídea, fucsia, anaranjado, caimito y calcedonia, mango, topacio, cobre añil, violáceo, tomeguines, chambergos, mariposas, abejas y azulejos.

A CUBA, por el amor de aquellos generosos, apagados por golpes de fusil, de bayoneta, duro metal y pájaros de ira y de violencia. Ahogados por la sangre, por el ardor de sangre que estallaba para impulsar el himno y convencernos de que es aquí, junto a esta playa, frente a la mar y sobre la montaña donde se ha de esperar el nuevo día.

A los tristes, también, que no le imaginaron la alegría.

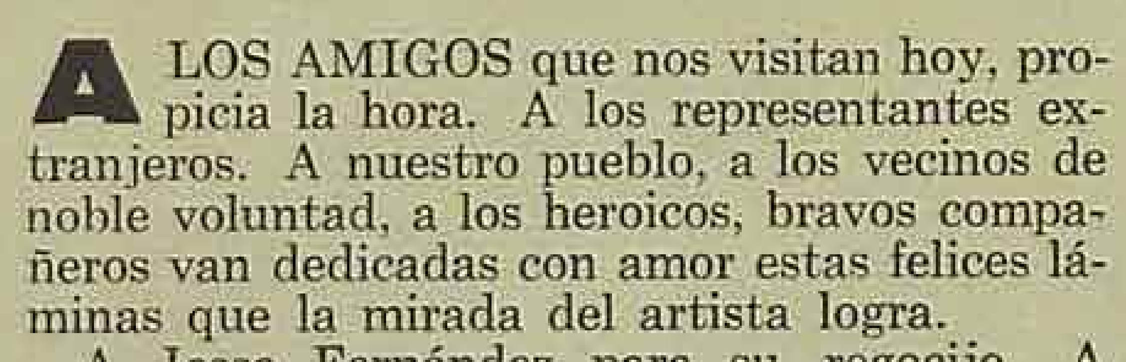
A los remisos que le desconocieron el dolor. Al que regresa, porque es estar presente, a su servicio. Al que no vuelve y siente perdida la ventura de tener la palabra bienamada, entrañable, heredada, y que hubiera legado de no ser el ausente. A los que esperan, a los que nada pueden esperar ya, están devueltos al polvo que no alienta.

Al andariego que aspira del relente la frescura y echa al camino la canción y alivia su fatiga; la suya, la del camino, la noche y sus mudanzas. Al que mira en silencio reverente la hoguera del poniente que incendia el monte, el litoral, la sabana desnuda, el verde pajonal, la flor del huerto. Al poderoso que puede mejor hombre y hacienda; al débil que proteje su clemencia.

lunes de R



Una casa de tabaco, Pinar del Río



A LOS AMIGOS que nos visitan hoy, propicia la hora. A los representantes extranjeros. A nuestro pueblo, a los vecinos de noble voluntad, a los heroicos, bravos compañeros van dedicadas con amor estas felices láminas que la mirada del artista logra.

A Jesse Fernández para su regocijo. A Guillermo Cabrera Infante por su entusiasmo. A los artistas nuestros y a sus textos; los que nos acompañan en el día: Carpentier, Lezama, Piñera, Feijoo, Baragaño, Jordán. A los que muertos o lejanos nos prestan sus palabras. A los amigos prestos a ayudarnos: Maruja Iglesia, Graciella y otros bibliotecarios; Gómez Ballina, Sarduy, Dumé, Enrique y Juan.

A nuestros impresores. A la Revolución. A "LUNES" para "REVOLUCION".



Refrescando en el camino





Una vieja santiaguera

Un santuario popular



Director:
guillermo cabrera infante
Subdirector:
pablo armando fernández

Las altas cañas del bambú



Cuando llegue la luna llena iré a Santiago de Cuba,
iré a Santiago,
en un coche de agua negra.
Iré a Santiago.
Cantarán los techos de palmera,
iré a Santiago.
Y cuando quiere ser medusa el plátano,
iré a Santiago.
Iré a Santiago,
con la rubia cabeza de Fonseca.
Iré a Santiago.
Y con la rosa de Romeo y Julieta
iré a Santiago.
¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!

federico garcía lorca

La **Bella** *Cubana*

por josé a. baragaño

NORMA, UNA MODELO VA AL CAMPO







Rosario, secretaria



Sarah Calvo, bibliotecaria



Una muchacha guajira

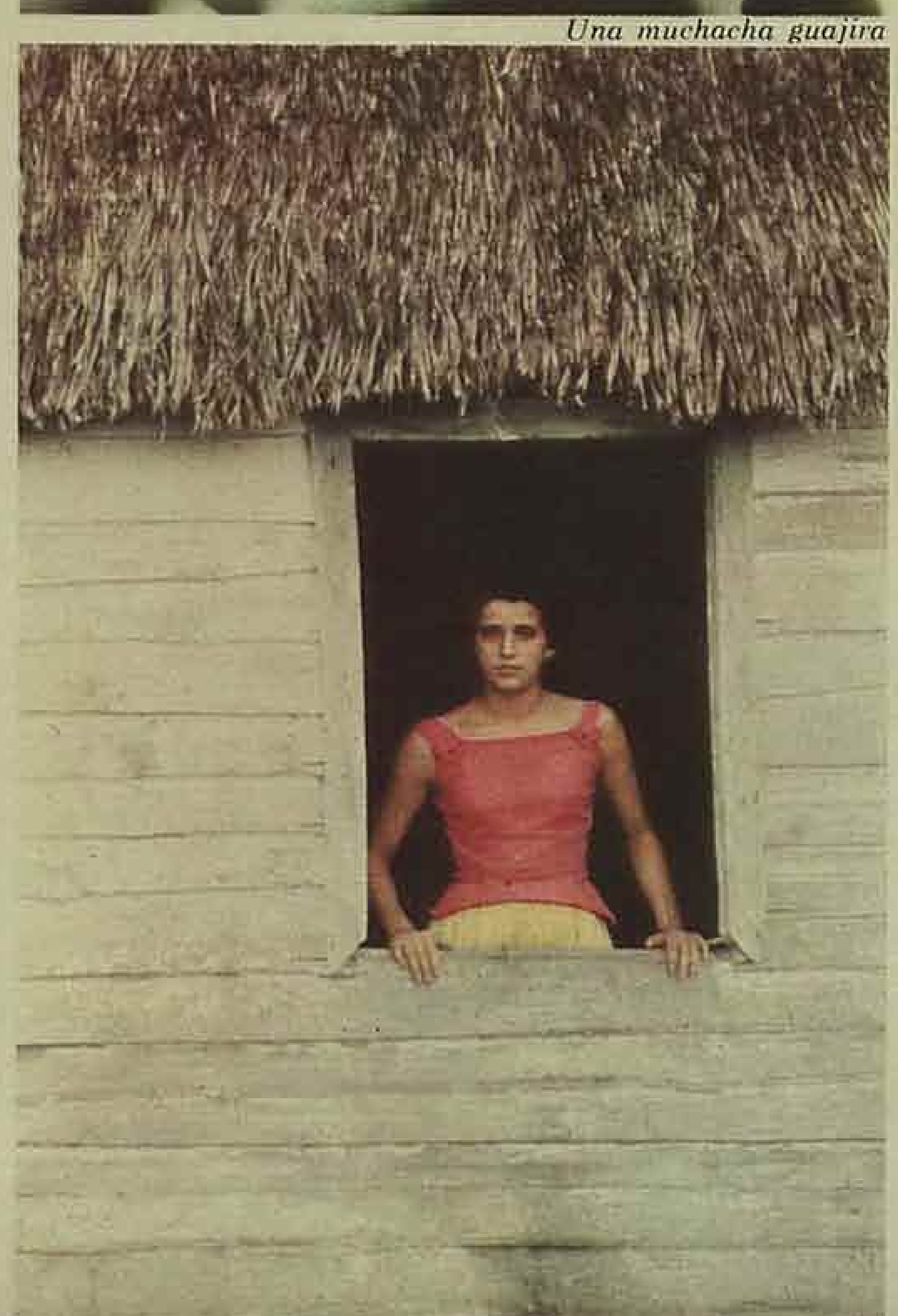
"Bellos rostros miraban desde el interior, ojos pardos, pelo negro, españolas y mulatas... Vivir en La Habana era vivir en una fábrica que producía mujeres bellas al por mayor."

graham greene

("Nuestro agente en La Habana")



Una dependienta en Pinar del Rio



Inés, una muchacha de Pinar del Río.



LA mujer es sólo comparable a la mujer, y pensable en los términos de la feminidad; ese acontecimiento que conmueve y azora al hombre, dando lugar a un pensamiento que para los poetas es el sentido mismo de la existencia. Y diría: eso que han dado en llamar un hombre de mundo, —término siempre discutible—, no es más que un conocimiento, una exposición a plenas luces, de lo que es en verdad la mujer, que ha sido el fundamento del mito, de muchas religiones, de lo poético y del destino de algún pueblo conocido por el misterio y acción de alguna mujer que ha constituído la historia, o por lo menos un compromiso para los estudiosos del destino humano.

Claro está que no me propongo estudiar aquí, en estas páginas amables, el sentido del atravesar la mujer la historia como una flecha. Porque a través de esas palabras tan solo podemos dar la *fisiología* del mito histórico. Nos interesa más lo que ha sido la mujer para el poeta, de Homero a Baudelaire. Lo que es la mujer en su extensa realidad en la vida de los pueblos, y sobre todo esa belleza que conmueve, sobrecoge y da sentido al ser del hombre, al gran movimiento que es la vida que no encuentra contén, que siempre fluye y realiza algo. Con máxima inspiración cuando entra en contacto con lo que es la mujer, la totalidad de la belleza.

No hay diálogo en Cuba en que la mujer, usando un término del día, no entre en órbita. Y ese inscribirse en la órbita de las conversaciones obedece, sin duda, a una realidad inconsciente, pero aun más a una realidad consciente, a la rara belleza de la mujer cubana. Digo, la rara belleza de la mujer cubana porque en todo lo extraordinariamente bello hay un elemento de rareza, una extrañeza de la totalidad, que es la que nos atrae en el primer momento, sin análisis, fuera de toda lógica.

No voy a otorgar, de una manera ingenua, que la mujer cubana es la más bella del mundo. La belleza se encuentra en todas partes. Sí puedo afirmar que la rareza de la belleza femenina no es tan rara en la Habana, en las provincias, en toda nuestra nación; por el contrario, creo que no hay un país donde la belleza esté mejor repartida que en Cuba. Esa justicia social de la belleza es un milagro, que tiene influencia en cierta complacencia decisiva del hombre cubano con su nación, en cierta felicidad natural al contemplar el mundo. Es cierto, la belleza no es extraña a este país, no es sólo patrimonio de nuestras tierras y paisajes, sino también de esa medida de todas las cosas: el hombre.

Aun más, la belleza de la mujer cubana no es una, es tan diversa como mujeres podemos encontrar a diario, es plenitud de plenitudes. Porque los tipos cubanos son casi infinitos. De una mujer a otra hay una diferencia, en este país, eje de mundos, en que se mezclan todas las razas, todos los tipos, como en las grandes ciudades clásicas. Así como nuestra música recoge muchísimas influencias de culturas lejanas, nuestras mujeres surgen del mismo proceso mágico, y son una reacción en cadena de tipos que parecen producto de una operación fantástica, de la plenitud de la belleza femenina.

La mujer cubana tiene el impacto de las grandes apariciones donde quiera que se ofrece. Logra asombrar, y ese asombro que los antiguos consideraron origen de la filosofía, tiene en su presencia el mecanismo que desencadena la poesía. En Trinidad, en Santiago de Cuba, en La Habana, en Pinar del Río, la mujer cubana se modula como el canto de una orquesta de violentasa sonoridades, de acordes que llenan un espacio tembloroso. Ese impacto quizá merezca el estudio del historiador o el sociólogo, es posible que tenga valores sociales y psicológicos; nosotros lo integramos en el orden de lo poético, como una fuente permanente de rea-





Una dama de la alta sociedad.

lidad mágica, que penetra el oído atento de todos los cubanos.

No tiene otro origen el prestigio de Cuba como isla de misterios y hechizos. Más que a la música o el paisaje este país debe su privilegio en la imaginación del mundo a la belleza de sus mujeres, porque la mujer es síntesis de esas dos situaciones. Tiene la fuerza de los ritmos y la acogedora diversidad de los paisajes.

Cuando el cubano viaja encuentra un misterio, una voz aprendida, que ha penetrado su sangre y su imaginación, que no sabe a qué responde. Pronto comienza a comprender, en París, en Londres, en Florencia, que su ojo se ha hecho a un tipo de belleza, que recoge todos los tipos, que le falta a su sensibilidad. No es que en esas ciudades o en otras las mujeres no sean bellas. Es más simple: en ninguna ciudad del mundo, en

Bertina Acevedo, actriz radial.

Miriam Gómez, actriz de teatro.



Una niña, vista al pasar en Pinar del Río.

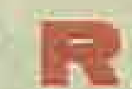


Una muchacha se divierte en "La Tropical".





Dos hermanas chinas de Santiago de Cuba.



ningún país, la mujer es tan central a la existencia, tiene un influjo tan decisivo, una potencia de penetración lírica como en nuestro país, donde es el soporte de una vida que parece hecha para el ritmo y la poesía.

Y nosotros respondiendo a los grandes poetas creemos en la eterna belleza femenina. No ha sido otra la base, el fundamento último de las culturas y las artes. La mujer está ahí incorporada a la arquitectura, la danza, la pintura y la poesía. Atraviesa todo ese reino con un privilegio incomparable. Y desde tiempos del famoso Arcipreste de Hita, la mujer ha tenido un rango impulsor dentro de esta difícil lengua castellana, que la ha convertido en materia de inspiración intelectual en divinidad poética inalterable. El poeta puede encontrar en Cuba esas inspiraciones dispersas, accesibles donde quiera que entra; en las calles de las ciudades resplandecientes bajo un sol total, o en lo alto de las tierras y las profundidades de los montes, donde a veces no ha llegado totalmente la civilización, pero donde la mujer ha instaurado su dominio desde los primeros tiempos.

Cuba es tierra de bellas mujeres. No hay elogio mayor, no hay misterio mayor, no hay atractivo mayor. No se trata de las mujeres del romanticismo ni del renacimiento. No es la que se encuentra en los frescos y esculturas de las catedrales. Es una belleza abrasadora que busca todavía los medios del arte para recogerla realizándola. A veces los pintores nuestros la ofrecieron entre vegetaciones frenéticas, con el ritmo de nuestras músicas y tambores violentos. No sé si esa es la imagen definitiva, porque siempre es difícil representar lo que nos atrae con fuerza decisiva, con asombrosa violencia.

Lo decimos, nuestro acento al hablar de Cuba cae sobre la mujer cubana, sobre la belleza cubana, con el trasfondo de nostalgias coloniales, y ese aparecerse profundo de todos los días. Este país entre otros privilegios recibió la unidad en la diversidad de la belleza femenina. La plenitud incomparable de la mujer cubana.

La cubana es la belleza del mundo en una parte del mundo.



Una joven estudiante en la Manzana de Gómez.

Miriam Machado, joven debutante, en "El Carmelo".



Un paso rotundo, de seguras repercusiones.

A LAS CUBANAS: Lejos de Cuba y sin esperanza de volver a ver su sol, sus flores ni sus palmas, ¿a quién, sino a vosotras, caras paisanas, reflejo del lado más bello de la patria, pudiera consagrar, con más justicia estas tristes paginas?

cirilo villaverde

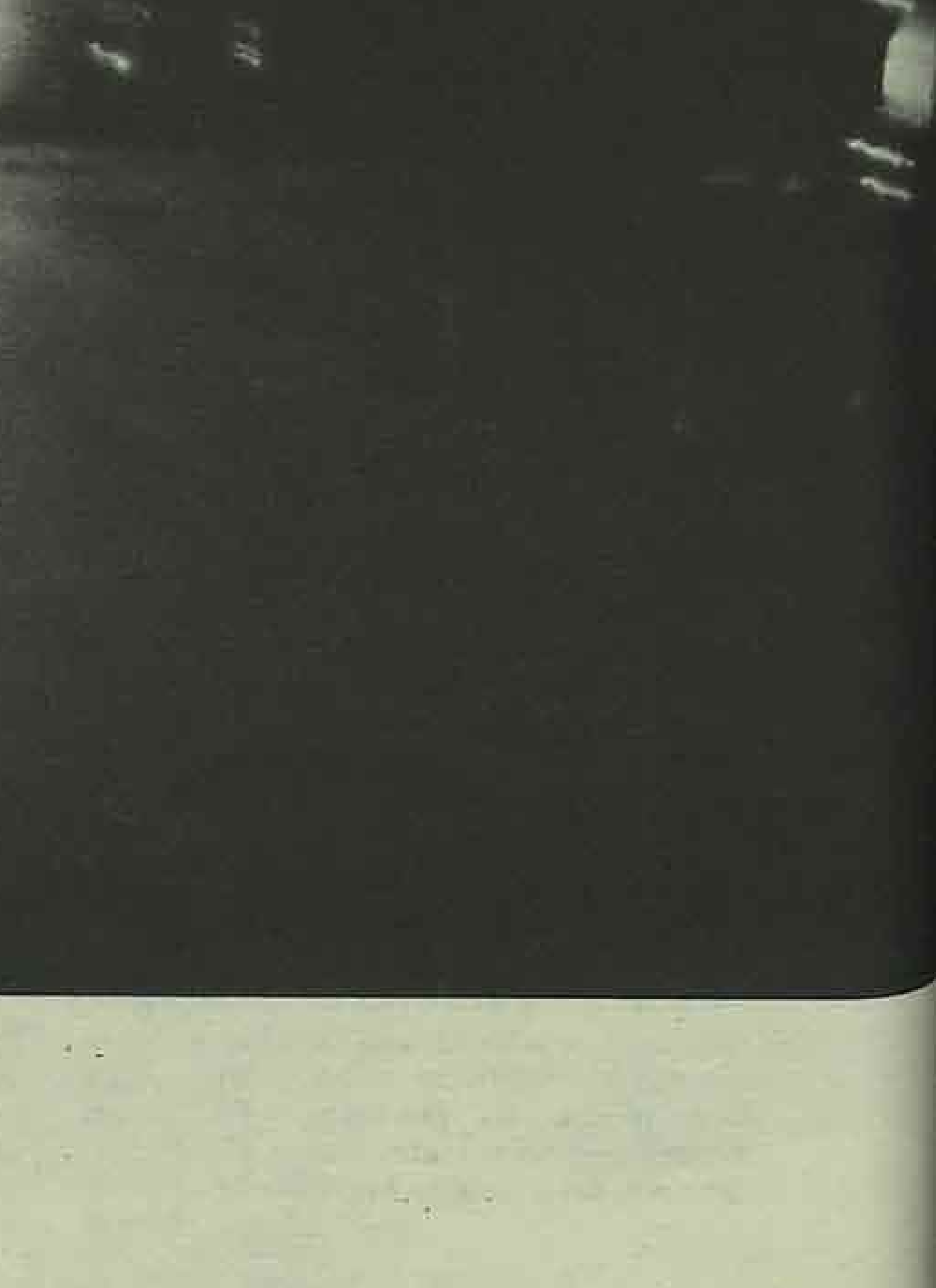
(Dedicatoria de su novela "Cecilia Valdés)

Rapsodia de una

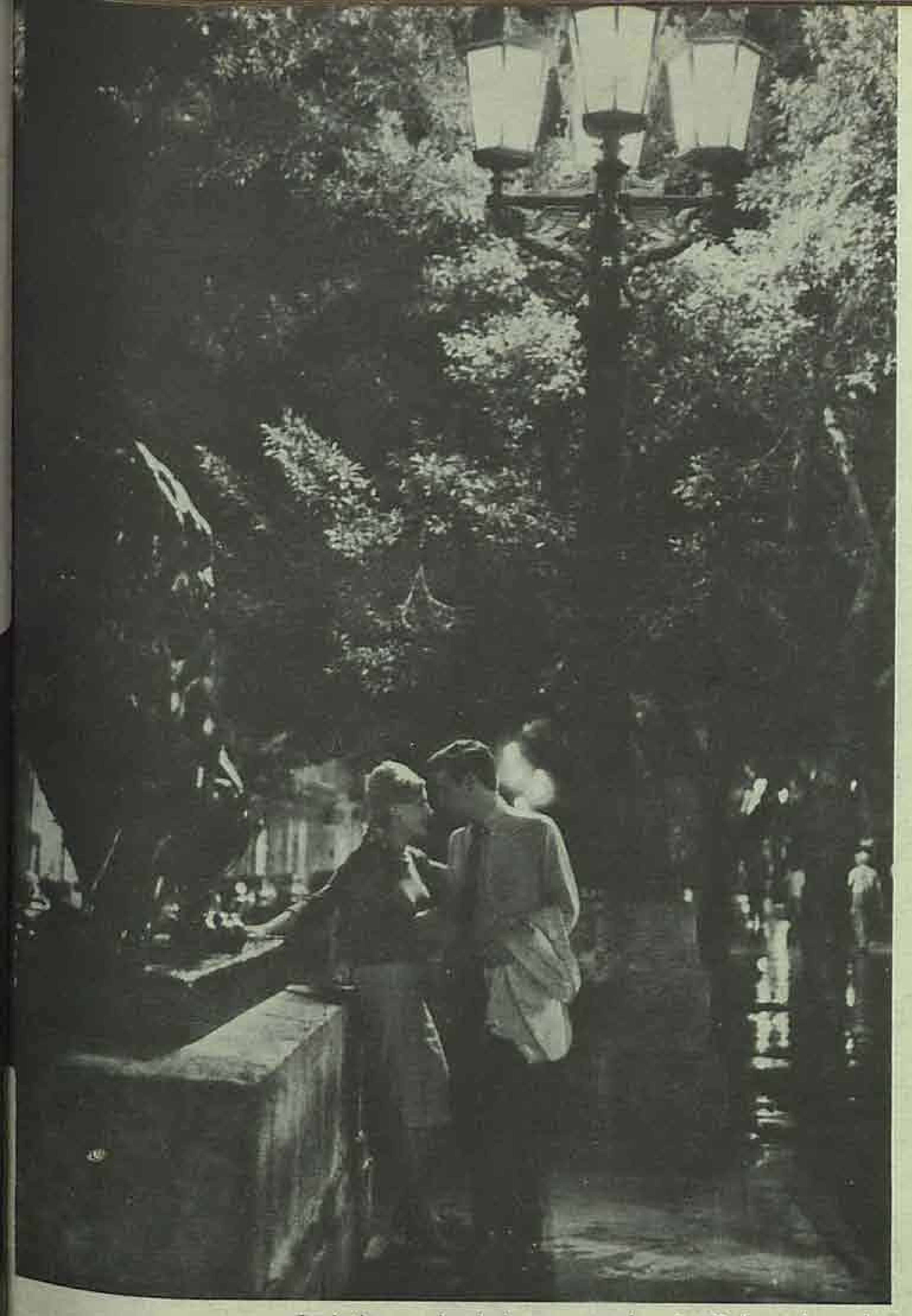
lunes de **R**



GRAN CIUDAD



por rené jordan



La intima noche de los enamorados: La Habana de noche.

El lujo de los casinos y su tedio...



EN el recuerdo, la ciudad existe: bajo el domo de azul implacable, oscilando sobre las ondas de calor que ascienden desde el asfalto fosforescente, presa en el cepo elevado de sus rascacielos, emergiendo del mar como una Venus de cemento armado: la ciudad existe.

Sobre las capas de aire recalentado asciende la Habana del recuerdo, en un fenómeno de levitación total, como un espejismo visto al revés, intangible y concreto. Dicen que en el desierto los espejismos muestran diferente contorno a cada caminante: también la Habana es una refracción que oscila en la memoria, la imagen escurridiza de un espejo licuado.

Cada uno la describe de distinta manera, la ve de distinta manera y una y otra y otra Habana se superponen y se entremezclan hasta el punto en que la realidad deja de existir como tal: sólo queda la imagen borrosa del espejismo, flotando sobre el aire recalentado del recuerdo.

■

Por las mañanas, los gritos de los pregoneros van subiendo desde la calle, reptando por las paredes, escurriéndose por las ventanas: la Habana tiene mil despertadores musicales y gangosos, voceferando la llegada del nuevo día.



La deslumbrante fiesta de los cabarets...

En las bocas desmesuradamente abiertas de los pregoneros la ciudad se despereza en un bostezo con diapasión, largo y lánguido y pastoso, que va voceando frutas y periódicos y viandas y capas de agua y manteles de moda.

Y también los números lanzan al aire su conjuro cabalístico: el 8 y el 23 y el 99: la esperanza está numerada, el futuro se mide en cifras. Con un sentido musical muy cubano, atávico e innato, las voces desincorporadas despiertan a la Habana con un aria de números: la ópera matemática, la sonata para una contadora, la sinfonía en decenas de millar.

Los gritos roncos van flotando, en la atmósfera, libres y abandonados, renegando ya de la boca que los lanzó. Saltan hacia arriba y van costeando con zig zag de pluma, revoloteando hasta las fachadas, rebotando con-

tra los aleros hasta que escapan al cielo, cabeceando como papalotes.
La Habana es musical: se despierta con una balada para el 4,754 y se duerme con la romanza soñolienta de un manisero que se va...

■

La ciudad es clamorosa: de ella se desprende un rumor exudado por las calles sin esfuerzo, como si el ruido fuese una membrana epitelial que se muda suavemente, insensiblemente, a cada instante, para ir dejando la piel fresca de una ciudad con nuevos gritos y chirridos y clamores.
Sólo en los interiores la Habana tiende a recogerse, a volver atrás sus relojes vertiginosos, a replegarse en sí misma, en un pasado que agoniza en los espacios abiertos.
La Habana callada es la paz húmeda y gorgoteante del Palacio Aldama, con su fuente susurrante y sus susurrantes palomas que se derraman como confetti sobre la quietud estancada. Es un pozo duro de piedra y verde de moho, detenido en el tiempo en medio del Edificio Arrechabala: quieto y hermético, con una soberbia colonial que excluye y niega todo contacto exterior. Es el patio del Ayuntamiento, invadido de verde, pequeña selva amputada que prolijera lejos del bullicio.
El silencio mora en estas pequeñas islas del pasado, rodeadas de futuro por todas partes menos por una llamada imaginación: islas inexpugnables, invictas contra la realidad exterior, ensimismadas en el esfuerzo poderoso de olvidarse del tiempo y subsistir.

■

Sobre la Habana el cielo es un hemisferio azul que encierra a la ciudad: resulta difícil imaginarlo poblado de visiones celestiales, de ángeles y arpas. Por eso los Dioses habaneros son una mutación benévola, sin la severidad anglosajona ni la intransigencia nórdica. Los Dioses de la Habana están tropicalmente acostumbrados a perdonar.
Las vírgenes de la Habana velan pacientemente por sus moradores, a la intemperie o bajo techo, sin muchas ilusiones sobre el ascetismo de los fieles, pero con mucha compresión sobre sus tórridas debilidades. Hay una, iluminada y blanca, que vela desde un nicho sobre los nocturnos enamorados de la Avenida de los Presidentes. Otra, la del Camino, otea sobre una fuente llena de moneditas: el cambio menudo de las ilusiones habaneras. Y la del Carmen, con la mano en alto, vigila a la muchachada estudiantil que cada año cambia de cara en las aceras de la calle de Infanta. Todas están perfectamente naturalizadas: tienen un perdón para cada pecado.
Más torturadas, menos aclimatadas, las espiras góticas de los campanarios huyen hacia el cielo con más angustia y más premura que en los húmedos y fríos países para los cuales fueron creadas. Hay en la atmósfera algo cálido y semi-pagano que las hace sentirse extranjeras y desplazadas. Y se estiran hacia arriba, en una fuga presurosa de mampostería aterrada: su vuelo es inútil porque ya, sin saberlo, están enraizadas y son habaneras hasta la última molécula de sus severas piedras: a lo más que alcanza el salto desesperado de sus agujas es a agujerearle el vientre a alguna nube negra de un típico aguacero tropical.

■

Allá lejos, las calles de paredes tumefactas, ulceradas, se van cerrando en deleitosa claustrofobia bajo la tupida fronda de aleros que se proyectan hacia delante, tapando ávidamente pedazos de cielo, para que luego más allá la Plaza de la Catedral se abra como un claro en el bosque de casas, como un inmenso pulmón respirando en medio de la ciudad.
Habana vieja: con sus abanicos multicolores de los medios puntos, sus balcones torneados, sus rejas sin prisionero, con sus calles que van a desaguar recuerdos en el río inmemorial de la Alameda de Paula, con sus árboles que han pasado su lenga de sombra sobre el pavimento de los siglos.
Mientras a diario cambia la fisonomía de la ciudad, la Habana vieja, con su inalterable rostro de piedras antiquísima, detrás del secreto de su ya derruída muralla, vela.

■

Luces de la Habana: dinámicas y soñolientas, multicolores y opacas, lánguidas e incansables, deletreando siempre sus nombres en el aire, construyendo figuras geométricas con las ventanas encendidas de los grandes edificios, marcando el paso de alguna embarcación sobre el mar oleaginoso de la bahía.
Por la noche la Habana brilla: las marquesinas avanzan con su dentellada luminosa y prognática, comiéndose un pedazo de noche. Las luces de los grandes hoteles todo lo bañan en un resplandor difuminado y brumoso, que refulge a través de las vidrieras: son peceras llenas de humanos que se vislumbran milagrosamente desde afuera, mientras van vadeando las corrientes submarinas de música indirecta.
Allá arriba, suspendida en el cielo como por encanto hay una bañista que salta de un trampolín, describe una curva imposible y se sumerge en las ondas de azul neón. Más allá de una azotea, presillado a las nubes, hay un vaso de cerveza que se llena una y otra vez, como si invisibles Danaides electrónicas velaran sobre él. Por allá estalla una lluvia de aerolitos que cae y vuelve a caer, con testarudez de desquiciado sistema solar. Y hay también luces que dicen la hora, con un guiño cómplice de sus perversos bombillitos, anunciando con alegría irónica que la noche se ha engullido un minuto más.
A veces, cuando llueve, las luces lo invaden todo. Bajan las gruesas nubes casi a flor de tierra y se ilumina el cielo con un arcoiris ficticio e intempestivo; cada farola tiene un halo hipócrita de acuosa santidad, cada fragmento de neblina cambia camaleónicamente, obedeciendo a la onda cromática más cercana.
El asfalto mojado se ilumina y comienza a reflejar luces y colores, como si toda la ciudad fuera transparente, arriba y abajo, construída socrae una cristalería y tapada por una pompa de jabón. Hay un caleidoscopio en cada charco y la espesa lluvia tiene algo de serpentina de color.
Luces de la Habana: aún después de apagadas persisten, sin posibilidad de ser borradas, en la retina del recuerdo.

■

Cabarets de la playa, con su olor lejano y subrepticio a cerveza, a pólvora inútil de un tiro al blanco, a perro caliente, a aire húmedo de playa mezclado con aire reseco de ciudad. Acera tras acera de cafés al aire libre, en confluencia de espacios abiertos y cerrados, donde la luz fría pierde su nombre y hace arder los rostros moteados de los transeúntes.
Desde la victrola llega la música mareada de un bolero, borracha de revoluciones, pegajosa y penetrante como un perfume: el viento playero le ha borrado el sentido a las palabras que llegan como una sola palabra larga, elástica, interminable, con algo de aullido primitivo y animal.
En un cabaret, una "oulad nail" criolla y mulata se descoyunta, como si sus caderas no le pertenecieran, como si fueran una parte rebelde y disociada de su cuerpo, como si ella fuese la primera en maravillarse por aquellos movimientos incesantes, involuntarios, peristálticos, de planeta sin órbita fija, de chalupa con incierta línea de flotación. En la cabeza, como misteriosa corona de un credo especial, lleva un vaso de agua que per-


La vieja y barroca arquitectura colonial...


Pintores cubanos reunidos en cualquier acera...

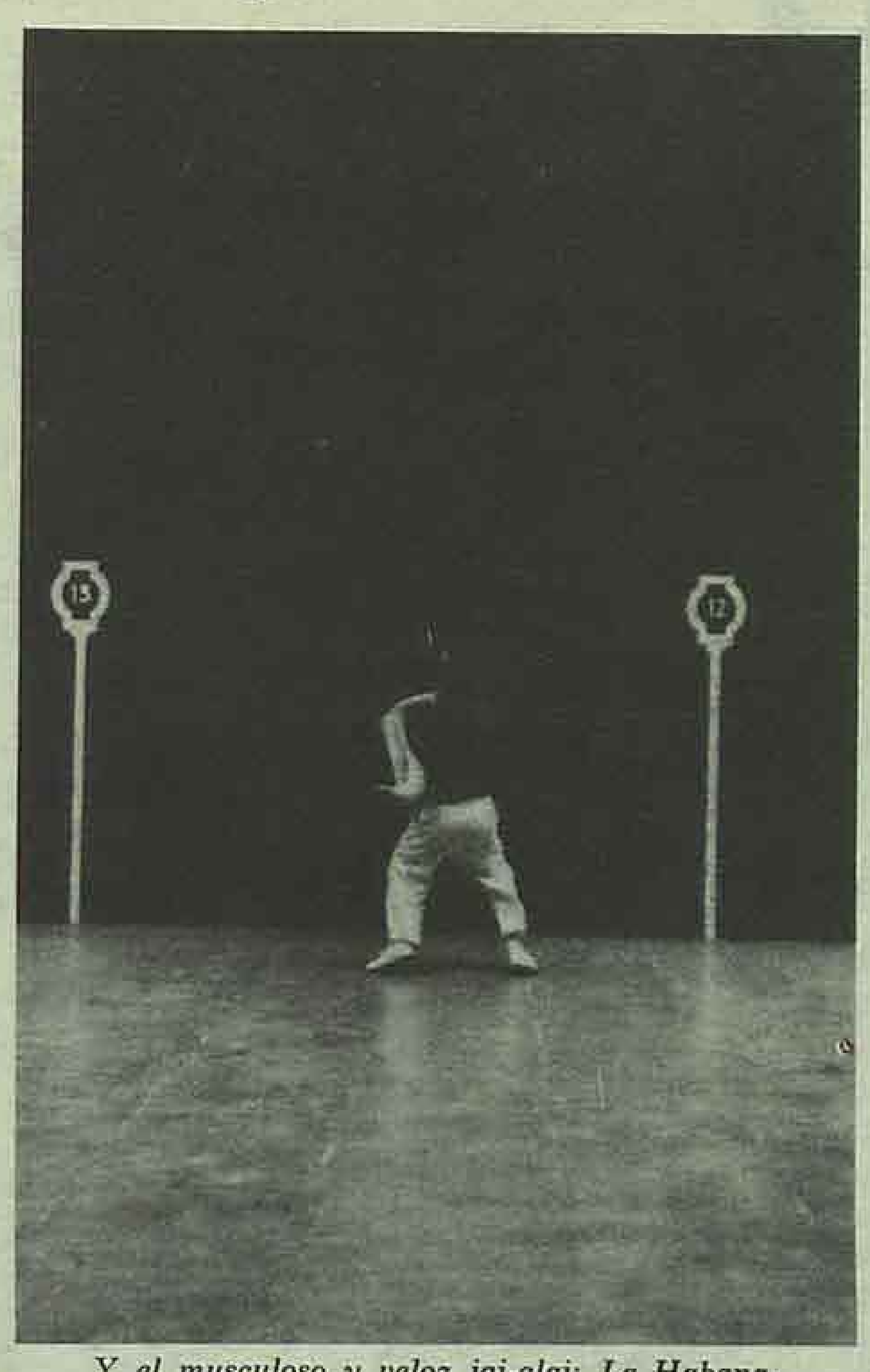
APUNTE

La Habana, con sus caderas sonoras,
y sus moradas ojeras
a todas horas.

nicolás guillén



Está la violenta y fatal riña de gallos...



Y el musculoso y veloz jai-alai: La Habana.



Un barrio popular, multicolor y bullanguero...

manece inmóvil, como una ofrenda votiva, indiferente a los movimientos que convulsionan a la mujer.

Ella baila con el entrecejo, con los ojos perdidos en el vacío, con la intensidad de una vestal. Su único pensamiento está en el vaso, con el agua purificadora que lleva sobre sí: su único fin es proteger hasta la última gota para que no se derrame sobre la pinta. Toda ella es un ejemplo perfecto de disociación entre el cuerpo y la mente, entre la carne y el espíritu. La bailarina está desincorporada, como si su mente no registrara el mensaje ondulante de sus caderas y el agua inmóvil la dominara, la hipnotizara, la absolviera de toda culpa.

Si fuera oriental, la bailarina tendría una serpiente reptándole en arabescos por el cuerpo. Como es criolla y mulata, tiene una flauta, veterana y cómplice de cien danzones pasados, que le va marcando el ritmo, enredándosele sinuosamente en los pies, ascendiéndole por las pantorrillas, circundándole los muslos como una presencia viva, con un sonido que casi se puede palpar en la oscuridad azulada del cabaret.

Cabaret de la playa, con su penumbra azul y subacuática. Quizás aquí de noche sube una marea lunar que lo engolfa todo durante unas horas, sin que nadie se dé cuenta... Es posible.

En la Habana, nadie recuerda la ciudad por medio de la imagen del Collar de Perlas: es la idea que se aplicaba, con cierta poesía turística, al diseño que componen las luces del Malecón, brillando en la noche cuando ya la sombra ha borrado el contorno de la ciudad. El collar de perlas es una imagen lejana, ajena, foránea.

Pero un viejo refrán afirma que no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde. Y por eso quien se aleja algún día de la ciudad siente de pronto una nostalgia fulminante y aguda, una intuición instantánea de lo que quiere decir el Collar de Perlas. A lo lejos está la ciudad refulgente e inalcanzable, estrangulada por el cerco de luces, delimitada por última vez en las tinieblas que van a sepultarla en un instante después.

El Collar de Perlas: esa imagen foránea, turística y ajena es también una imagen dolorosa.

■

La última imagen de las luces habaneras parpadea y se extingue.

El primero de los roncos gallos habaneros irrumpe cantando su aleluya de números.

El ciclo se cierra y se abre: sobre el aire recalentado el espejismo empieza de nuevo a ascender en una levitación inverosímil de acero, cemento y piedra.

En el recuerdo la ciudad existe.

El idilio que nace entre las cañas y el verde infinito.

Conozca *a* Cuba *Guajira*

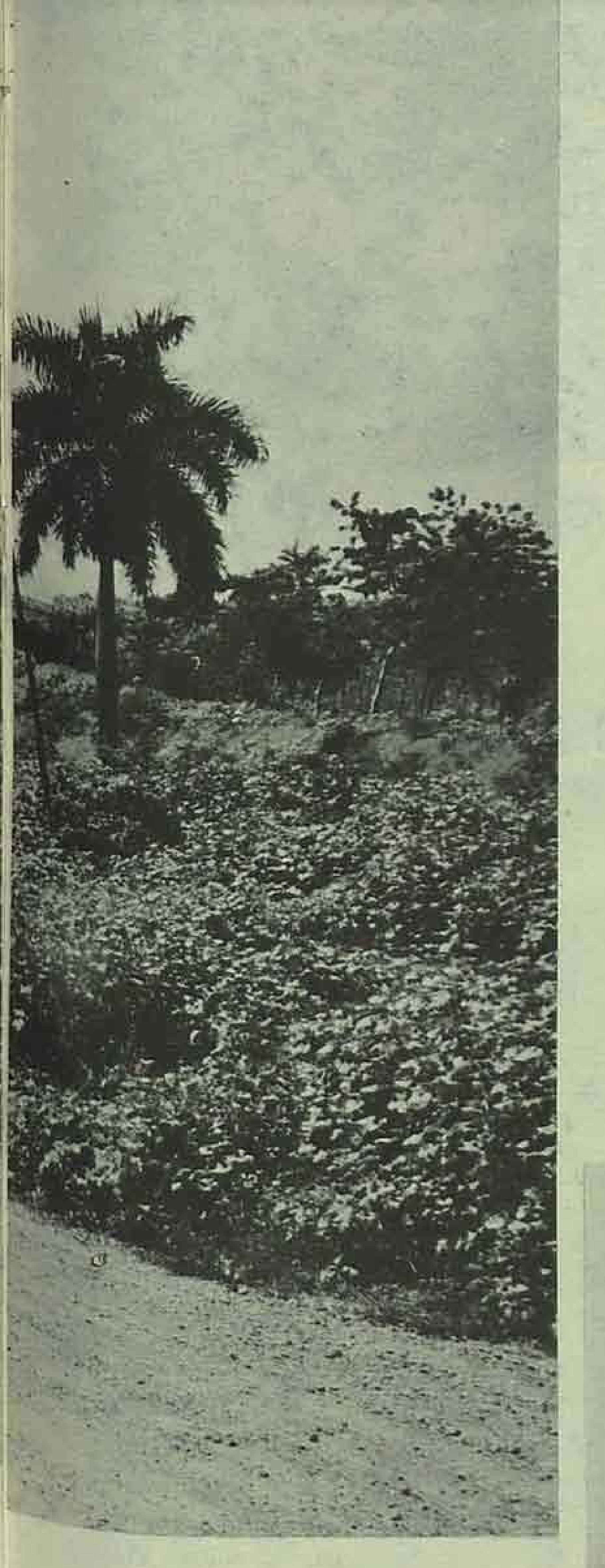


Y el humilde minero, fatigado y sin embargo siempre atento.

La dulce hermosura de una niña guajira, modesta y sonriente.



El caballo es medio de locomoción y de diversión.



EL conocimiento de su país, en sus formas todas, en sus estilos y esencias enteros, debe ser necesidad íntima del hombre que lo habite. Conocer el espíritu de una nación manifestado a través de sus artistas y sus hombres magnos no es suficiente; es necesario admirar, lo más a fondo posible, sus glorias totales, sus formas variadas, las que le dan contorno, rostro y vida a su configuración física. Un país ha de conocerse de valle a río y de costa a montaña; ha de conocerse en sus danzas tanto como en los lugares donde fueron engendradas; en sus obras de arte tanto como en la naturaleza a la que respondieron, a sus causales inmediatas. Y para entender país hay que andarlo, verlo, gozarlo, en sus pueblos y sus gentes y en sus maravillas naturales: una cascada, una montaña, un abra, una fiesta campestre en un valle hermoso etc. Un país se entiende andándolo lentamente.

Decimos esto porque las estadísticas promediales del turismo cubano hacia el extranjero nos indican que gastamos alrededor de 25 millones de pesos en viajes a los países de nuestro Continente, Europa y aún la India y Africa. Esto demuestra que el cubano, criatura insular, disfruta del paisaje y del "exotismo", de las distintas naciones y sus costumbres, de sus ciudades inmemoriales y de naturalezas extrañas y bellas. Nuestro turismo al extranjero crece día a día. Sin embargo ¿cuántos de esos cubanos que van a disfrutar de Acapulco, por ejemplo, conocen de veras nuestras playas, fuera de las famosas de Varadero y Rancho Luna? ¿Cuántos de los que se extasían en las Castkills Mountains de New Jersey han gozado la extrema gloria de nuestras montañas, sus paisajes, climas y rico arbolado? Fuera de Varadero, del paisaje ejemplar del Valle de Viñales y de alguna que otra excursión a las Cuevas de Bellamar, a Trinidad o Santiago de Cuba, poco conoce nuestro compatriota de las bellezas de su país. El Turismo Interior está por crearse en nuestra patria.

Turismo Doméstico

Son muchas las ventajas de mantener abiertas y activas durante todo el año las rutas turísticas cubanas para que la afluencia del turismo interior las mantenga en natural crecimiento debido a la constante frecuentación.

Es así que un Turismo Nacional bien organizado, sostiene también al gran Turismo Extranjero, otra Zafra Cubana, porque mantiene eficientes las fuentes turísticas del país e impide el receso (a la espera de los meses de la gran afluencia turística exterior) de los centros nacionales, dándole saludable vida económica a las regiones privilegiadas por la naturaleza en nuestro país.

Nuestro turismo en general carece de la suficiente propaganda e información y (accesibilidad a veces) sobre los lugares "no glorificados" de Cuba, tan hermosos o más que los consagrados por la tradición. Esto es cierto. ¿Quién conoce de veras, mediante la observación directa y detenida, que la Península de Zapata es, potencialmente, si no el mayor uno de los más importantes centros turísticos de Cuba, con sus lagunas, sus grandes criaderos de peces, con su extraña glora y sus hermosas playas, (las de "El Caletón", "La Larga", y "La Máquina") cuyas aguas de finos matices complacen al ojo más exigente?

¿Sabe usted, lector nuestro, que en la Sierra de los Organos, Pinar del Río, contamos

Mientras que el padre puede convertirse en barbero.



por samuel feijóo

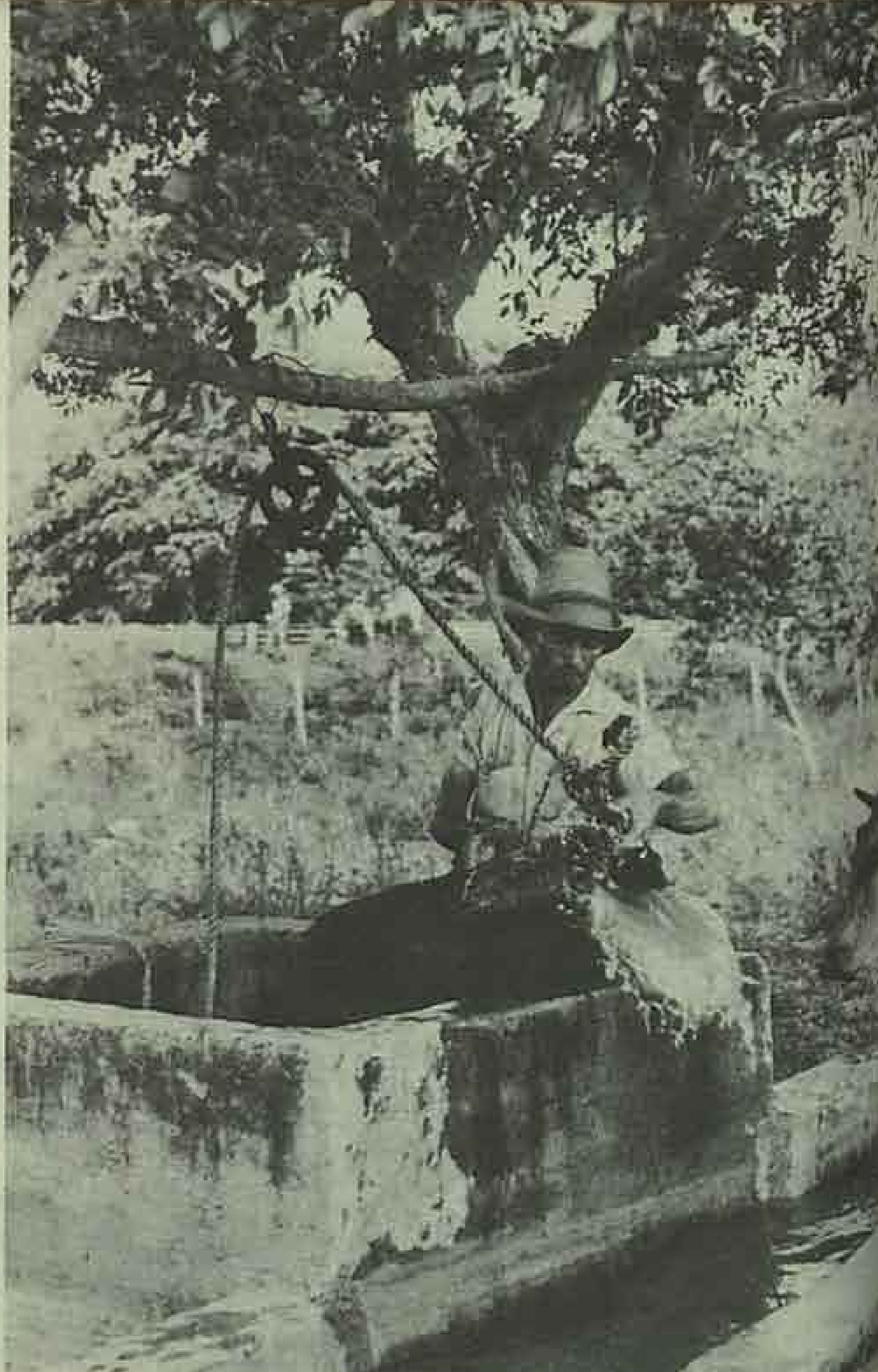
lunes de **R**

Primero...

El hospitalario alcalde que es un ejemplo del guajiro cubano



Dos hermanas que juegan mientras hacen un "mandado"



El agua es cosa preciosa para el hombre del campo.

con la Caverna de Santo Tomás, la mayor de las Antillas y aún de Centro y Suramérica? ¿Sabe usted que las formaciones topográficas conocidas por mogotes, sólo se encuentran en nuestro maravilloso Valle de Viñales y en la Península de Málaca?

¿Conoce usted la rutilante "Playa Linda" de Caibarién, con más de dos millas de extensión, de finísima arena blanca, situada en el Cayo "Los Ensenachos", con buenos albergues para el turismo? Las preguntas se continuarían largo tiempo, demostrando que nuestras bellezas naturales no son admiradas totalmente. El escaso o ningún conocimiento de ellas demuestra la deficiente propaganda conque contamos para servir tanto al turismo interior como al exterior. Estamos comenzando...

Inconvenientes para el turismo

Tanto el turismo de afuera como el de adentro tropieza con graves inconvenientes, impidiéndole su cabal desarrollo. Uno de ellos consiste en las pocas vías de comunicación. Se necesitan las denominadas carreteras auxiliares por nuestras costas Sur y Norte que permitan salir al cubano o extranjero turista de las vías tradicionales.

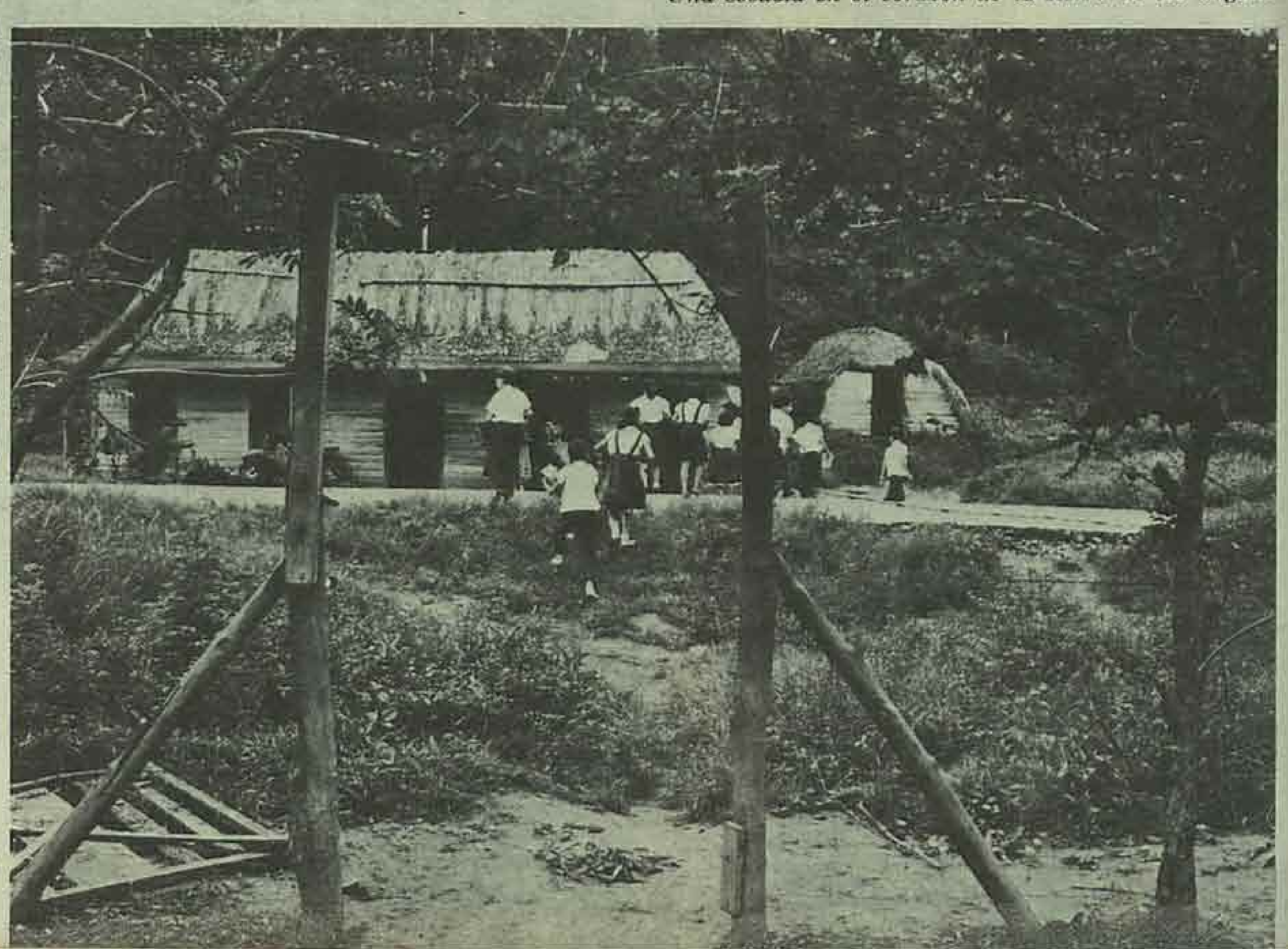
Como un ejemplo: el Circuito Sur, en su maravilloso tramo que une a Cienfuegos con Trinidad. Preciosas radas, paisajes marinos, con todos los tonos del azul del Caribe, quedan a un lado de la carretera mientras al otro el boscaje y las montañas ofrecen sus paisajes enlazados.

Otro inconveniente grave: la carencia de moteles, hoteles y paradores no sólo en número suficiente sino en situación. Aquel turista que quiera disfrutar las ventajas de nuestro paisaje y clima de montaña ¿dónde se alojará? ¿Dónde está el mirador, la hospedería, el parador que lo albergue? Esta "operación por el alojamiento" es decisiva. La Revolución lo conoce bien. El turista cubano, acostumbrado, fatalmente, al ambiente del interior del país, no exige mucho, pero si carece de alojamiento adecuado, de seguro que no concurrirá a las rutas turísticas y que a nadie las recomendará.

Un alojamiento caro y malo es el mayor espanta-turista conocido.

Sobre los posibles moteles y hoteles en proyecto es prudente aconsejar que se construyan en aquellos lugares de nuestro país donde puedan cooperar a la obra de canalizar

Una escuela en el corazón de la sierra de los Organos.



las corrientes turísticas hacia nuevas fuentes a mejorar la situación económica de la región de belleza y esparcimiento. Allí contribuyen y aumentar las posibilidades de crecimiento general. Un hospedaje confortable, a precios razonables, crea un turismo estable y rendidor. Una ruta turística interior debe estar jalonada de estos sitios de reposo. Estas ventajas mantienen y aumentan la afluencia turística, y si a ello se añade la labor de los patronatos locales ayudando a hacer grata la estancia de los turistas en la región visitada el triunfo *de todos* será posible.

Con una sabia política constructiva el turismo doméstico puede ser incrementado grandemente. Muchos millones de pesos que el cubano gasta en el extranjero pueden quedarse entre nosotros, en nuestras playas y en nuestras montañas, en los venturosos lugares de caza y pesca conque contamos, en nuestros balnearios mineromedicinales, en los paisajes de nuestros valles y ríos. Organicemos sabiamente nuestro turismo, de modo que las rutas turísticas de la nación sean incrementadas y a la vez mantenidas con eficiencia durante todo el año por la afluencia de los viajeros cubanos deseosos de conocer las maravillas nacionales.



Y el lechón, el lujo del "gourmet" criollo.

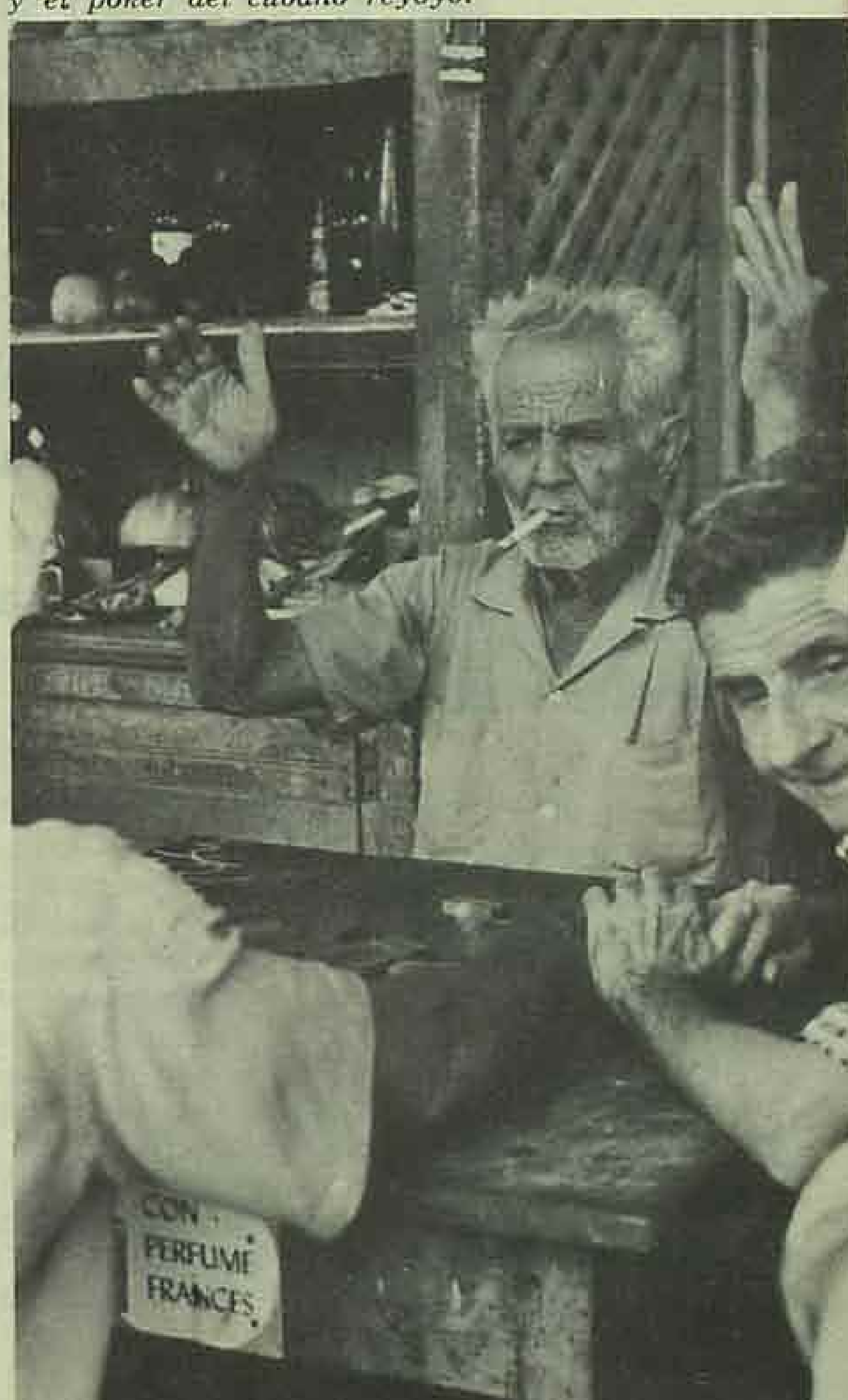
A veces, la vegetación y el hombre se funden en un todo.

lunes de **R**

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.

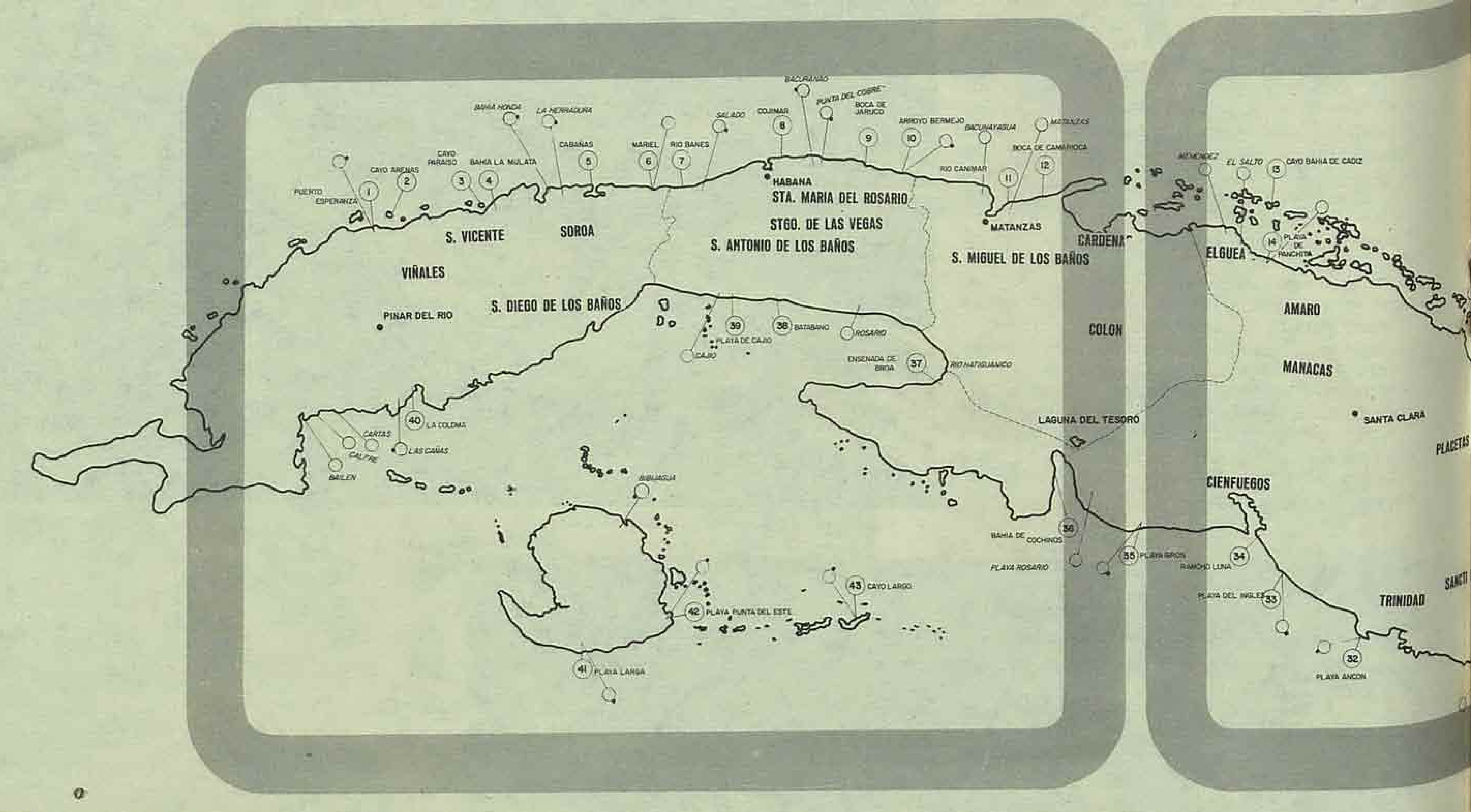
josé martí

El dominó es el ajedrez y el poker del cubano reyoyo.



ZONA OCCIDENTAL

ZONA CEN











Plan *Turístico* Revoluciona

por gregorio ortega

Las bases de la nueva política turística desarrollada por el gobierno revolucionario

EL programa económico del Gobierno Revolucionario tiene tres puntos fundamentales: Reforma Agraria, industrialización nacional y turismo. Los tres están íntimamente relacionados y obedecen a una clara orientación general.

Para comprender el papel que atribuye la Revolución al turismo dentro del esquema en desarrollo de nuestra economía, es bueno comenzar por un análisis de las bases sobre las cuales se planeó el turismo en Cuba hasta el 31 de diciembre pasado.

Estas bases fueron dos: concentración del turismo en La Habana sobre la propaganda de "la ciudad más alegre del Caribe" y ofrecimiento de atracciones para atraer turistas de un alto nivel de ingresos, gente con medios para concurrir a costosos cabarets y jugar en los casinos.

Esta política condujo a la construcción de lujosos hoteles y casas de juego. La Habana fué convertida en un gran garito. ¿Redundaba en beneficio del país este turismo? No. Las razones son obvias: en primer lugar, reducía el turismo a un área muy limitada, la ciudad de La Habana, como consecuencia de



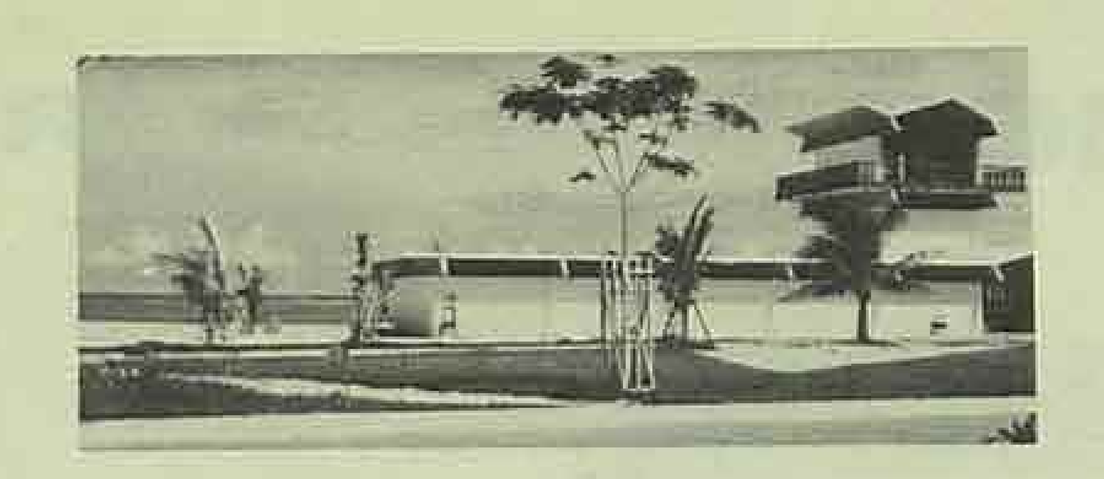
ello el turista se aburría antes de los tres días y abandonaba el territorio nacional; segundo, limitaba sus gastos a los de hotel, cabarets y casinos. Principalmente, a los de salas de juegos. Tercera, se basaba en una clientela que nunca fomenta o estrecha el entendimiento mutuo entre las naciones. Una clientela de ricos aburridos, tahures y jugadores.

Un detalle más condenaba esta política de turismo a fuerza de juego. Todo el turismo estaba orientado hacia los garitos (de ahí que los hoteles tuvieran precios exorbitantes y no existiera preocupación por crear otras atracciones) y los garitos estaban en manos de gangsteres norteamericanos. Todo el dinero que los turistas dejaban en las mesas de juego, regresaba a los Estados Unidos o se repartía entre las principales figuras del gobierno de Batista. Nunca llegaba al pueblo ni aumentaba la riqueza del país.

El Gobierno Revolucionario ha cambiado totalmente la política turística. El turismo se va a extender a todo el territorio nacional y se busca crear atracciones para el turista de "presupuesto fijo", el turista de ingresos medios y hasta bajos.

Cuba tiene la suerte de encontrarse a una hora de vuelo del mayor mercado turístico del mundo. Europa, Méjico, Canadá y sobre todo los centros turísticos domésticos norteamericanos, pugnan por atraer ese mercado. Cuba tiene todas las condiciones para conseguir una parte substancial del mismo. Todo depende de que logremos llevar a cabo una inteligente política turística.

¿Hacia qué sector de la población norteña debemos orientar nuestro señuelo turístico? Svein Winge Simonsen, experto de las Naciones Unidas al Servicio de la Administración de Asistencia Técnica, en su brillante "Estudio sobre el Turismo en Cuba", afirma: "En los últimos años se ha producido una completa



lunes de **R**

revolución en el mundo del turismo. Ha tenido lugar una democratización, mediante un transporte más barato, vacaciones pagadas y asimismo un más alto standard de vida en general, esto ha transformado a nuevos grupos de millones de personas en turistas potenciales que desean ir al extranjero y ver algo *diferente*... Es a este mercado enorme al que Cuba debe apuntar y fomentar sus atracciones adaptándolas a este mercado sin límites"

Hacia este sector de ingresos medios e inferiores orienta su política el Gobierno Revolucionario. Un sector que busca distracciones sanas, suave clima, bellezas naturales, centros donde practicar deportes, actividades culturales, oportunidad de conocer nuevas costumbres. Un sector inmenso, popular, que al regresar a su patria contribuirá espontáneamente a estrechar el entendimiento mutuo entre nuestro pueblo y el de Jefferson y Whitman.

Para atraer estos millones de hombres y mujeres de "presupuesto fijo" que anualmente viajan para disfrutar sus vacaciones, tenemos que llevar a cabo inmediatamente todo un plan de construcciones.

Hasta principios de año sólo había en todo el territorio nacional unas cinco mil habitaciones y no más de siete mil camas disponibles para acoger turistas. De ellas más del setenta por ciento estaban localizadas en La Habana. Con vista a un turismo caro, de jugadores, cuya estancia no fuera nunca mayor de tres días, podía ser suficiente. Para un turismo popular, de sanas atracciones, que permanezca el mayor tiempo posible en nuestra tierra resulta ostensiblemente insuficiente. Se impone como primer tarea del Gobierno Revolucionario aumentar el número de habitaciones y camas.



La ubicación de estas nuevas habitaciones nos trae a otro aspecto de los planes turísticos en desarrollo.

Como ya dijimos, el turismo pasado se concentró en los casinos y lujosos hoteles de La Habana. El turista, después que era "desplumado" en los garitos, no encontraba nuevas atracciones y se iba. Su estancia no duraba más de tres días. Los nuevos proyectos tienden a extender la residencia del turista en Cuba. Ello requiere que el turista visite todo el país, que encuentre a cada paso nuevas atracciones que lo llevan a prolongar sus días en Cuba.

Para ello hay que incitarlo a salir de La Habana. Así los nuevos alojamientos van a construirse de un extremo al otro de la isla. Se están fabricando 392 habitaciones y 215 cabañas en Pinar del Río; 10,690 habitaciones y 200 cabañas en la Zona Central (Las Villas y Camagüey) y 650 habitaciones y 298 cabañas en la Zona Oriental. El objetivo es contar con cinco mil nuevos alojamientos para la temporada turística que se inicia en diciembre.

¿Cómo llevar al turista al interior del país? Esta finalidad va a ser conseguida mediante los planes de la Administración Nacional de Playas Públicas y Atracciones Turísticas (ANPPAT). Sesenta playas públicas circundarán la isla. Cada playa contará de restaurant, sala club, departamentos de taquillas para hombres y mujeres, sala de primeros auxilios, terrazas y cabañas. Las más lejanas y hermosas playas de Cuba se convertirán en lugares gratos y confortables.

Cuarenta y tres centros de caza y pesca deportiva están en construcción. Estos centros tendrán clubs rodeados de parques, espacios para pic-nics, cabañas de vacaciones, salones, oficinas, cantinas y lugares de exhibición y venta de equipos deportivos. En todos ellos se podrán alquidar por módicos precios lanchas, botes, avíos de pesca y carnadas. Los cotos de caza serán reforestados por el Ministerio de Agricultura, sembrando principalmente la flora que gusta a determinadas aves, y se fomentará en los mismos la fauna cinegética.

Se restauraran los monumentos históricos y de interés arqueológico, acondicionándolos y rodeándolos de un paisaje agradable; se crearán los parques nacionales; se transformarán totalmente los Balnearios de Aguas Minero Medicinales, dotándolos de caminos, aeropuertos, edificios adecuados y modernos equipos, y, en fin, se va a la construcción de campamentos al aire libre, paradores, merenderos, miradores y campos de trailers, en los centros turísticos, las intersecciones de las carreteras y principales poblaciones.

Una relación pormenorizada de lo que se va a realizar en cada lugar, alargaría mucho estos lineamientos de la política turística del Gobierno Revoucionario. Muchas de las obras que se están emprendiendo en cada región, ya han sido destacadas por REVOLUCION. Varadero, Trinidad, Isla de Pinos, Viñales, La Laguna del Tesoro y la Bahía de Cochinos, la playa de Guardalabarca, Bahía Honda, Soroa, Sierra Cristal, la playa de Santa Lucía, Elgue, entre otros lugares, van a sufrir una total transformación.

Un lugar merece mención especial: Santiago de Cuba. El parque nacional de la Gran Piedra se está reforestando y en él se van a construir moteles y cabañas; treinta y seis palacios de la época en que los franceses fomentaron cafetales en estas montañas, hoy en ruinos, van a ser restaurados. En torno al lago de Baconao, que tiene una extensión de veintiseis caballerías de inmejorable agua dulce, se está levantando un maravilloso centro turístico con cotos de caza, playas y lugares de pesca fluvial y marina. En la ciudad se ha planeado construir hoteles y moteles con una capacidad de quinientas habitaciones.

La idea es sencilla y encuadra en el plan general: se aspira a que el turista entre por La Habana, recorra la isla, y salga por Santiago de Cuba. O al revés. Además, la capital de Oriente tiene el gran atractivo de su gran tipicidad.

Y aquí tocamos una de las más destacadas

BLACK AND WHITE



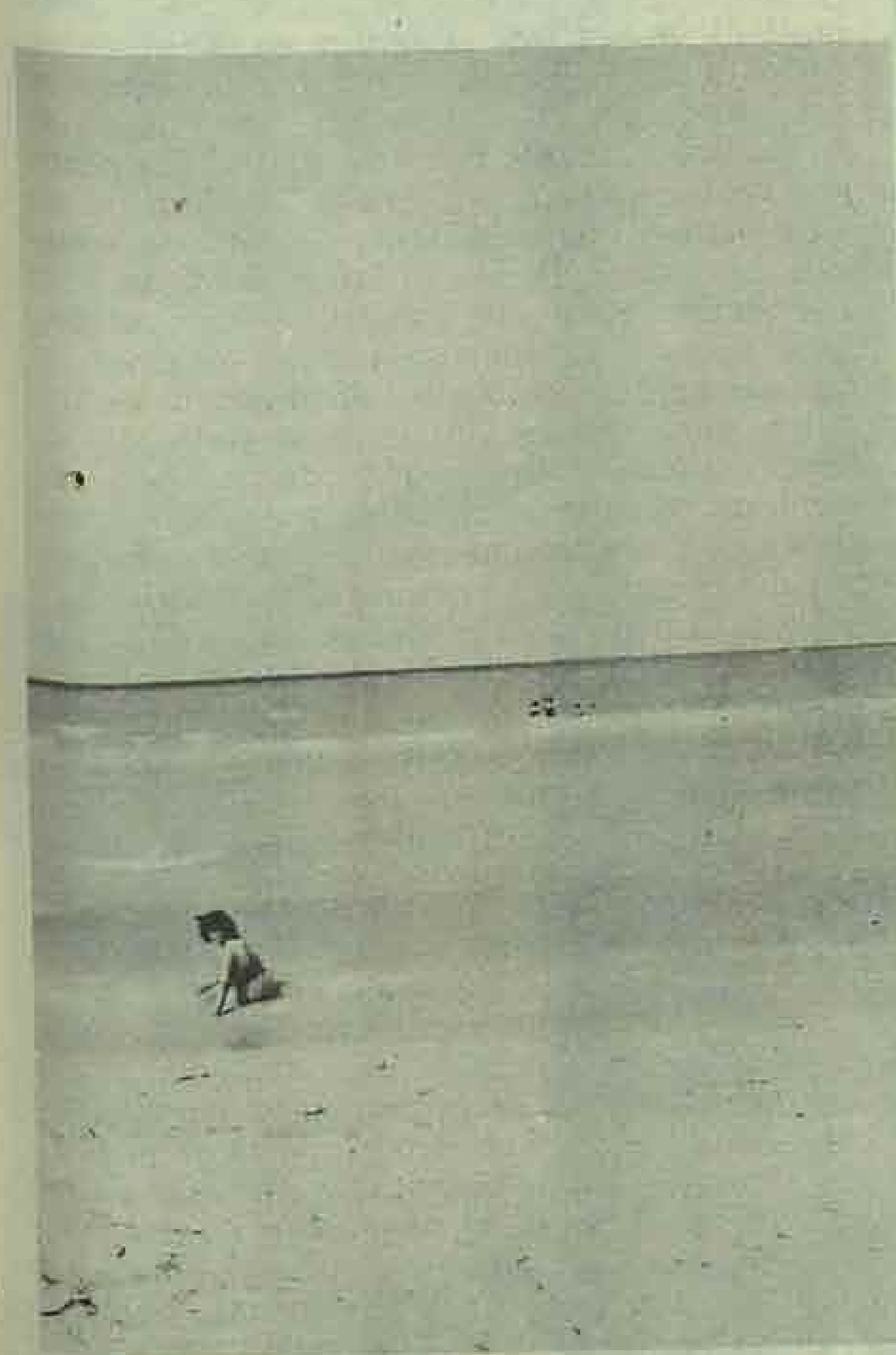
es un paraíso,
un país como se debe
Bajo las palmas,
en los lagos,
en un solo pie los flamencos.
Florecen colores,
por todo el Vedado.

vladimiro maiacovski

Cuba, flor espumosa, efervescente
azucena escarlata, jazminero,
cuesta encontrar bajo la red florida
tu sombrío carbón martirizado,
la antigua arruga que dejó la muerte,
la cicatriz cubierta por la espuma.

pablo neruda





característica del plan turístico revolucionario.

El turismo sobre la base de hoteles lujosos y juego pretende mantener al visitante en el mismo ambiente que tiene en su patria. De aquí que los edificios sigan líneas extranjeras, las comidas sean foráneas, el medio exótico. Los grandes hoteles fabricados en tiempos de Batista no tienen nada que ver con nuestra nacionalidad.

El turismo orientado hacia personas de nivel medio o inferior busca destacar lo nacional. Este turista sale de su país procurando encontrar algo *diferente*. No repele lo nacional del país visitado, sino que por el contrario lo busca. Desea nuevas líneas arquitectónicas, nuevas comidas, nuevos paisajes, nueva música, nuevo baile.

Los proyectos turísticos en realización por el Gobierno Revolucionario tienen como primera preocupación resaltar lo que nos distingue como nación, lo que tenemos de propio y diferente. Es una política turística sin concesiones al cosmopolitismo ni al rastacuerismo. El turista viene a conocer lo cubano y nosotros se lo ofrecemos con orgullo.

Es una política que rechaza lo chabacano y lo fácil. Le mostraremos nuestros valles y montañas, nuestras costas, nuestras ciudades, nuestro legítimo folklore, pero nada de rumberas baratas ni maracas de *natives*. Por eso la publicidad turística en el extranjero escoge nuevos símbolos, mares azules, palmeras, radiante sol. Y en folletos y prospectos se insistirá en nuestras bellezas naturales, en nuestra cultura, en nuestra música, en todo lo que nos diginifica y honra, como un pueblo maduro y formado, orgulloso de su país, su arte y su historia.

Queda un último aspecto, que no por último es menos importante. Dos fines económicos persigue el plan turístico: obtener divisas y desarrollar nuevos centros de trabajo. Pero no basta con atraer divisas, es preciso evitar la fuga de las que ya se encuentran en el país. Anualmente miles de cubanos iban a los Estados Unidos a gastar los dólares acumulados durante un año de trabajo.

Los nuevos centros turísticos domésticos evitarán que esos cubanos vayan en sus vacaciones al extranjero. Ahora encontrarán en su propia patria todo lo que iban a buscar en playas lejanas. Y tendrán ocasión de conocer mejor su propia tierra. Muchos bellos lugares de nuestra patria son completamente desconocidos para la mayoría de nuestro pueblo. Ahora habrá caminos que lleven a esos lugares y en ellos se encontrarán alojamientos y comodidades para pasar las vacaciones. Con ello ganaremos en unidad y sentimiento nacional, al mismo tiempo que ahorramos divisas.

El Gobierno Revolucionario no se contenta con esto que ya sería bastante. Y se aspira a promover en vasta escala el turismo interior. Ya se estudian planes concretos de ahorro, para que todo obrero, campesino, empleado o profesional pueda pasar sus vacaciones en las playas, los valles y las montañas cubanas. Cazando, pescando o practicando su deporte favorito. Las vacaciones junto al mar o en las montañas dejarán de ser un privilegio de sectores minoritarios.

En este plan están comprometidos los más diversos organismos estatales y municipales. Obras Públicas, la CONACA, la Junta Nacional de Planificación, el Ministerio de Agricultura, el INRA, el Ejército Rebelde, la Marina de Guerra, la Policía Nacional (principalmente por medio de la Policía de Turismo), los comisionados municipales y provinciales, el BANFAIC, el Ministerio de Economía, el Banco Nacional. Unos planeando, otros concediendo los créditos necesarios, otros los estudios específicos, otros construyendo caminos y playas públicas, otros reforestando los parques nacionales y cotos de caza, otros brindando el personal para cuidar y administrar los centros turísticos.

El turismo como fuente de riquezas, medio de elevar el standard de vida del pueblo y fomentar nuevas áreas, es un interés nacional. Por eso ocupa un lugar tan destacado en los planes del Gobierno Revolucionario y es una de las tres bases de su política económica encaminada a transformar nuestra patria.

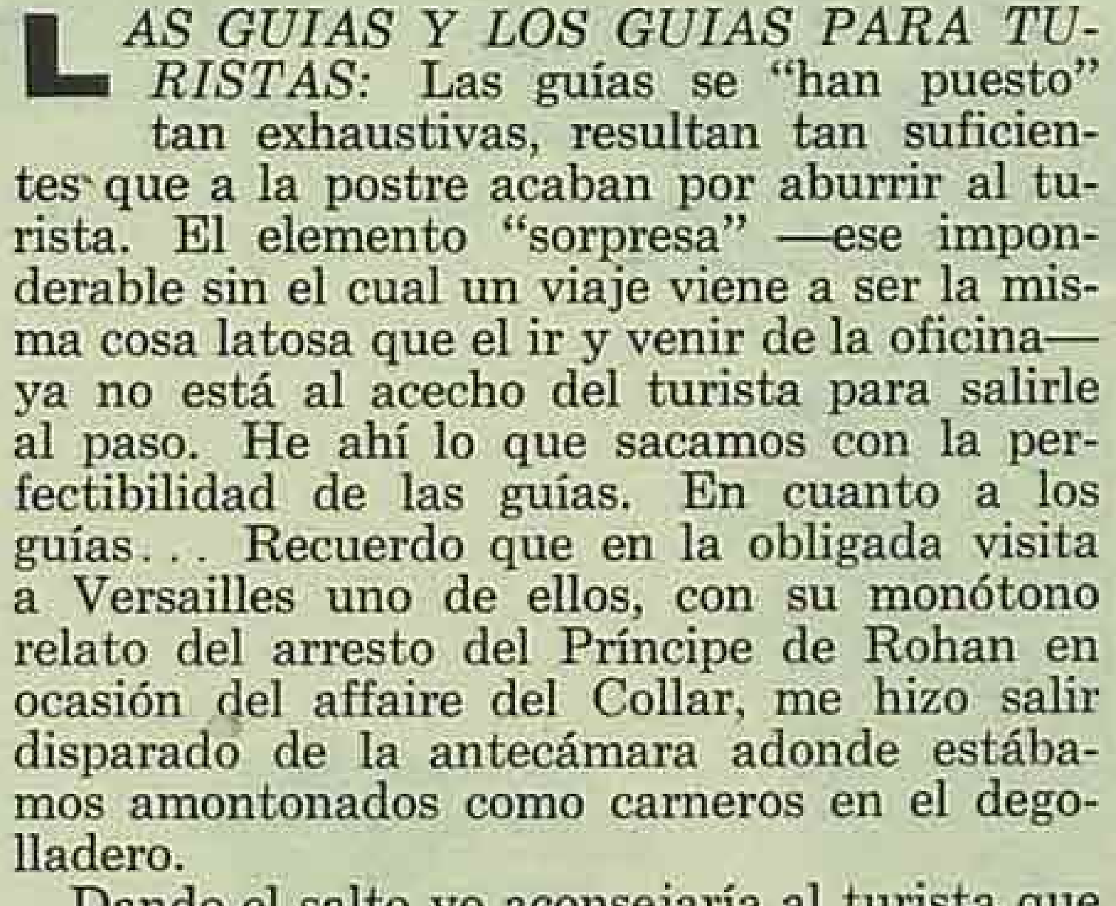


Once *consejos* a un *turista* ávido

lunes de **R**

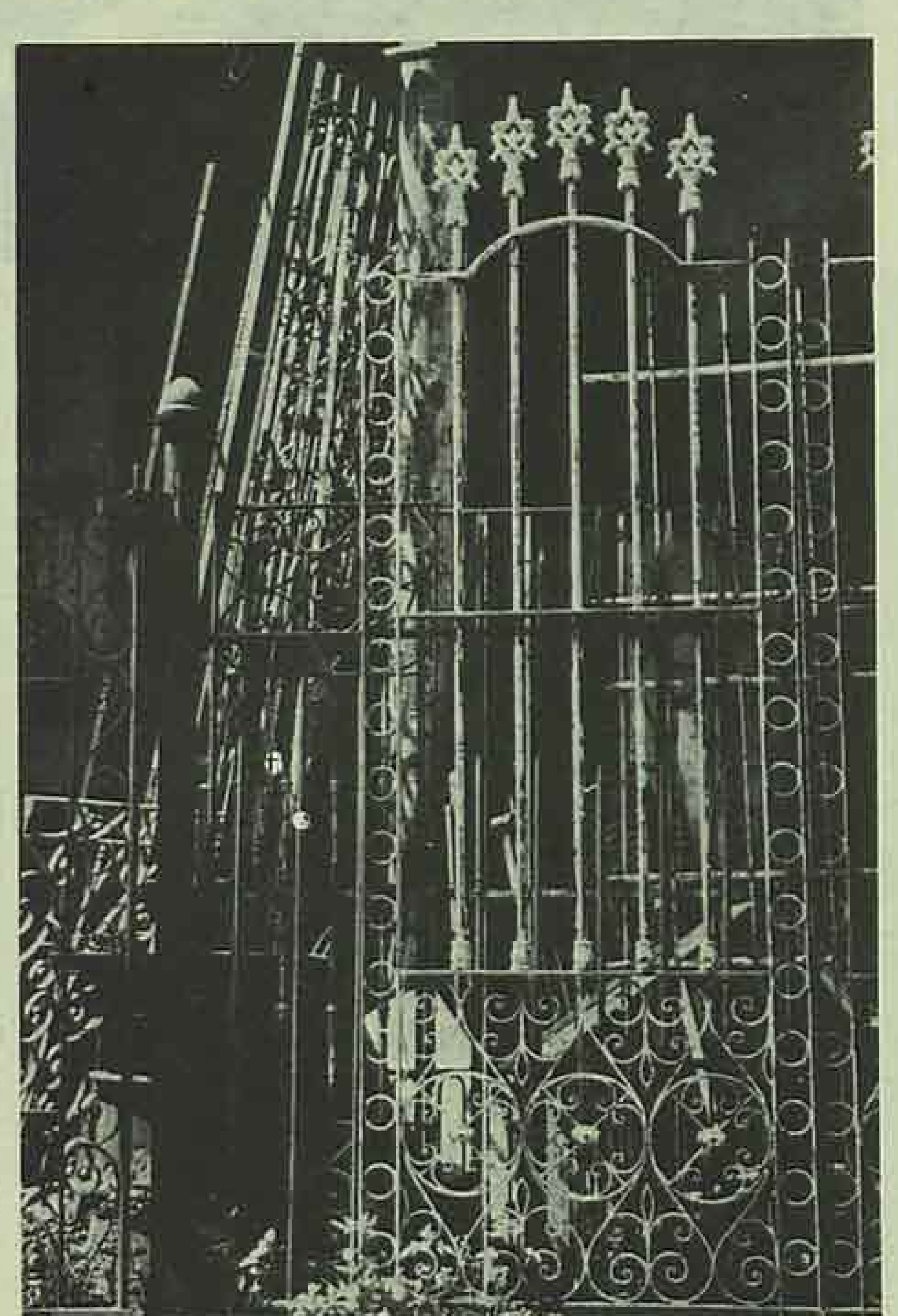


al mercado de las yerbas, en la calle Cristina...



LAS GUIAS Y LOS GUIAS PARA TURISTAS: Las guías se "han puesto" tan exhaustivas, resultan tan suficientes que a la postre acaban por aburrir al turista. El elemento "sorpresa" —ese imponderable sin el cual un viaje viene a ser la misma cosa latosa que el ir y venir de la oficina— ya no está al acecho del turista para salirle al paso. He ahí lo que sacamos con la perfectibilidad de las guías. En cuanto a los guías... Recuerdo que en la obligada visita a Versailles uno de ellos, con su monótono relato del arresto del Príncipe de Rohan en ocasión del affaire del Collar, me hizo salir disparado de la antecámara adonde estábamos amontonados como carneros en el degolladero.

Dando el salto yo aconsejaría al turista que nos honrara con su visita, evitar en lo posible a los guías y a las guías. Es de sobra sabido que nadie se pierde en una ciudad, y encima de no perderse encuentra lo que busca, y por añadidura se encuentra a sí mismo. En Venecia, como llegué de noche y como tenía "mi" guía, no me quedó otro remedio que leerme una descripción pormenorizada del Palacio Ducal. Pues bien, cuando a la mañana siguiente me dispuse a visitarlo sentí unas ganas tremendas de verlo convertido en escombros. En cambio, como no había leído una línea sobre la iglesia Dei Frari, me sentí un descubridor y gocé de lo lindo.



al cementerio de rejas y celosías, de Matadero...

LA HABANA APROXIMADA: Nunca se llega a saber del todo cómo es una ciudad; es la misma cosa que para el ser humano: nunca acabamos de entenderlo por sus cuatro costados. Por supuesto, el contenido de la ciudad es perfectamente enumerable, esto es, calles, plazas, edificación, laberintos, etc. Pero, ¿y el continente? ¿Es sólo el siglo XX o superposiciones de otros siglos? ¿Es tan sólo el cuadrículo de la ciudad u otro cuadrículo que nuestras impresiones superponen ¿Y qué hay con la ciudad invisible, metida, encajada en la ciudad descripta minuciosamente en la guía? Los relatos menos concordantes son aquellos que se ocupan de la descripción de una ciudad. Entendámonos: todos ellos concuerdan en la ubicación de la Torre Eiffel o en el aspecto actual del Ponte Vecchio, pero de ahí a ponerse de acuerdo sobre cómo son París y Florencia hay todo un mar tenebroso de aproximaciones.

Es por ello que propongo al turista que nos visite, una Habana aproximativa. Empezaré, pues, por decirle que yo no sé del todo cómo es mi ciudad. Aquí se interpone un nudo gordiano: como soy parte de la ciudad, islote perdido en su conjunto, por tanto irreconocible, no me es dable aprehenderla, lo cual si fuese posible me llevaría a su cabal conocimiento. Paralelamente, la ciudad es parte de mi ser, es decir misterio ambulante que me perseguirá hasta la muerte con sus crueles enigmas. Y es en este laberinto que nos perdemos, a pesar de sabernos de memoria, palmo a palmo el contenido de La Habana.

Ahora, ya cortados estos cabellos en cuatro, atengámonos —¡oh, infaustos dioses que olvidásteis en nuestras cunas regalarnos con la facultad divinatoria!— a lo aproximativo. Pues bien. La Habana parece ser estimulante. Al menos en esto están de acuerdo los viajeros que se han venido sucediendo desde el siglo XVII. Y estimulante, ¿en qué sentido? Pues en el sentido de los sentidos: juntos los cinco en una ronda frenética. La Habana es altamente apta para gustarla, verla, oírla, tocarla y olfatearla. En espera de hacerlo también Palas Atenea La Habana es, por el momento, Venus Afrodita. Pero apartemos en seguida del ánimo del lector cualquier impresión de erotismo barato. La sensualidad de nuestra ciudad pica más alto, mucho más alto que esa grotesca invitación al viajero recién desembarcado: "*Mister, you want a woman?*" Esto sería sólo una parte infinitesimal de la ecuménica sensualidad de La Habana. Si el turista quiere comprobarla por sí mismo, le propondría por ejemplo, un paseo, sobre las diez de la mañana. ¿Por dónde? Elección difícil por cuanto aquí todo cobra fisonomía de fiesta. Sin embargo, yo elegiría para nuestro turista la calle, llamada en otro tiempo de la Muralla y hoy simplemente Muralla. Esta calle, que nace en el puerto y termina en la antigua plazoleta de las Ursulinas, que sólo tiene una extensión aproximada de diez cuadras, que es tan estrecha como la más estrecha calle de cualquier ciudad europea, esta calle, digo, puede ser comparada en vitalidad y tumulto y quizás si sobrepujándolas a Times Square o a la Rue de la Paix. Antes de entrar en tan delicioso infierno (valga la contradicción) yo aconsejaría al viajero zambullirse por unos minutos en ese remanso del pasado que recibe el nombre de Plaza de San Juan de Dios, uno de cuyos lados lo forma precisamente nuestra calle. Esta plaza, una de las más vetustas de la Habana fué en otro tiempo mercado para la venta de esclavos. Hoy su mutación es tan radical que bajo sus cimientos se ha construído un parqueo para autos y encima un parque de diversiones para niños Pero tales afeamientos no impiden que la plaza, circundada toda ella de casas coloniales, siga respirando pasado y sea como un oasis en el tumulto que se nos viene encima. Y ahí lo tenemos: ya hemos enfilado la calle y ya también comienzan nuestros sentidos a reaccionar al estímulo: carretillas conteniendo los más variados productos —desde hierros viejos hasta flores y todo lo que la herborística tropical pueda ofrecer de más asombroso— se alinean por cuadras y cuadras. Pero estas carretillas, como es de suponer, tienen su vendedor, es decir su vendedor a voz en cuello, que se desgañita, que se ríe, que es camelador, con el chiste a flor de labios, listo para la explosión como un cohete o acaso con el poder expansivo de una bomba atómica. Pero además, este vendedor tiene un ojo puesto en su mercancía y en el probable marchante, y el otro ojo lo tiene puesto en las mujeres que pasan. De ahí que entre dos pregonamientos de su mercancía escuchemos, tal una antiestrofa, el piropo obligado, subido de color, de un realismo muy cubano y que a pesar de todo es perfectamente asimilado por la homenajeada. Porque el hombre cubano no piropea sin fundamento; por el contrario responde a un estímulo —¡y qué estímulo!—: no es sólo una simple mujer lo que se le pone por delante, es también una suma de movimientos acompasados, de miradas prometedoras, de sonrisas animadoras, es decir sentidos de la una despertando los sentidos del otro hasta que se produce la ignición. Y encima de todo esto, como si ya la calle no estuviera lo bastante "agitada", he ahí la música saliendo de las victrolas como las serpientes del cesto del encantador. Pero también en lo musical los sentidos tienen su parte. No es música para la meditación, tampoco para la remembranza y mucho menos para la catarsis del ser; es, por el contrario, música para llevar los sentidos a su máxima excitabilidad. Y cuando el turista llega al final de Muralla, los suyos, sus sentidos, están masivamente estimulados y le parece que la vida es eterna, que el pecado no existe, que las guerras de nervios y las frías son una mentira, que "la realidad es nacer y morir" que "no hay que llenarse de tanta ansiedad" y que "a mí me matan pero yo gozo"...

Pero después de esta orgía de los sentidos al turista le gustaría ver unas cuantas piedras venerables. La Habana las tiene, y aunque no sean de las proporciones y la riqueza de las de Méjico o de Lima, con todo son ve-

por virgilio piñera

nerables y procuran ampliamente esa sensación, ese olor a pasado metido en el presente como una advertencia. Sugeriría a nuestro viajero que las contemplase de noche. Lo que se conoce con el nombre de Havana Vieja, por un contrasentido bien explicable, es presente y sólo presente durante las horas del día. Ningún palacio, ninguna fortaleza colonial se ha movido de su sitio, pero implicados el uno y la otra en el presente tumultuario del día apenas si son visibles, apenas si percibimos su pasado, están como enmascarados con la piel, con los gritos, con los problemas y las mil incidencias de la jornada diurna. En cambio, de noche se han quedado solas, apenas si una u otra gente pasa ante ellas, y entonces el turista puede acercarse a estas piedras venerables en la seguridad de ser entendido.

Como con los monumentos ocurre igual que con las antologías, es decir, que cada cual tiene sus preferencias, yo diré las mías al viajero que nos visite: que se llegue primero a la Plaza de Armas, de serle posible después de la medianoche. Hasta esa hora el encantamiento (en el sentido de los encantamientos del Viernes Santo, de Wagner) no surtiría sus efectos. Hasta esa hora hay música de un bar vecino, hay mamás y niños que se demoran inexplicablemente sobre los bancos. En cambio, hacia la una de la madrugada ya la Plaza de Armas es, como se dice, un cementerio. Pero un cementerio que se animará mágicamente ante la vista del viajero. Por dos de sus lados la Plaza está circundada por el *Palacio de los Capitanes Generales* y por el *Palacio* llamado del *Segundo Cabo*. Entonces, como si esto fuera poco tenemos el remedo discreto de un templo griego en lo que se llama *El Templete*, lugar donde se dijo la primera misa en esta San Cristóbal de La Habana. Y por el lado restante se asoman tímidas dos casas coloniales de bellísima factura. Ahora bien, el viajero tuerce a la derecha del *Palacio de los Capitanes Generales* desembocará en la célebre *Plaza de la Catedral*, rodeada toda ella por severos palacios del XVIII. Claro que hay algunas máculas en estas piedras venerables. Por ejemplo, en el portal de la catedral han colocado en hornacinas dos horribles estatuas, una de las cuales me parece que es la efigie del Descubridor; también en la *Plaza de Armas* se ha substituído la estatua de Felipe VII por una horrible estatua de nuestro Padre de la Patria. Me parece una excelente idea haber puesto a Carlos Manuel de Céspedes en el sitio dejado por Felipe VII, pero lo que sí no me parece acertado es la factura del monumento. Pero estas fealdades no quitan un adarme a la belleza de esas piedras, y ya el turista sabrá, si es inteligente, separar el mármol de la ganga. Pues si ya ha visto la *Plaza de la Catedral* le aconsejo se dé un salto hasta el *Palacio de la Condesa de Merlín* o donde vivió la Condesa, para el caso es lo mismo. Y como ya está decidido a trasnochar puede llegarse, para completar su expedición palaciega hasta el imponente *Palacio de Aldama*, sito en la Plaza de la Fraternidad. Este *Palacio* es la culminación, podríamos decir la exasperación de los millonarios cubanos del siglo pasado. Es un palacio de tipo italiano, con una columnata, que salvando las distancias, se me antoja tan bella como la del Bernini en San Pedro. De ahí, y para terminar triunfalmente le sugiero volver sobre sus pasos y terminar la noche junto a la fortaleza o castillo llamado de *La Fuerza*, y mirar desde él las macizas murallas del *Morro* y *de la Cabaña*. Así lo sorprenderán las primeras luces del día y un nuevo ciclo de sus días habaneros comenzará, con estimulación de sus sentidos y nueva preparación espiritual para las horas nocturnas. Y si no quiere volver a las piedras venerables, si quiere, por el contrario, que sus sentidos continúen en tensión le aconsejo lo que se llama, como en todas las ciudades del mundo, "la vida nocturna" de La Habana. Pero esto es capítulo aparte. Alguien, indicado para ello lo transportará hasta esos lugares de expansión.



O a pasear por los portales cubiertos: a ver la verdadera Habana.

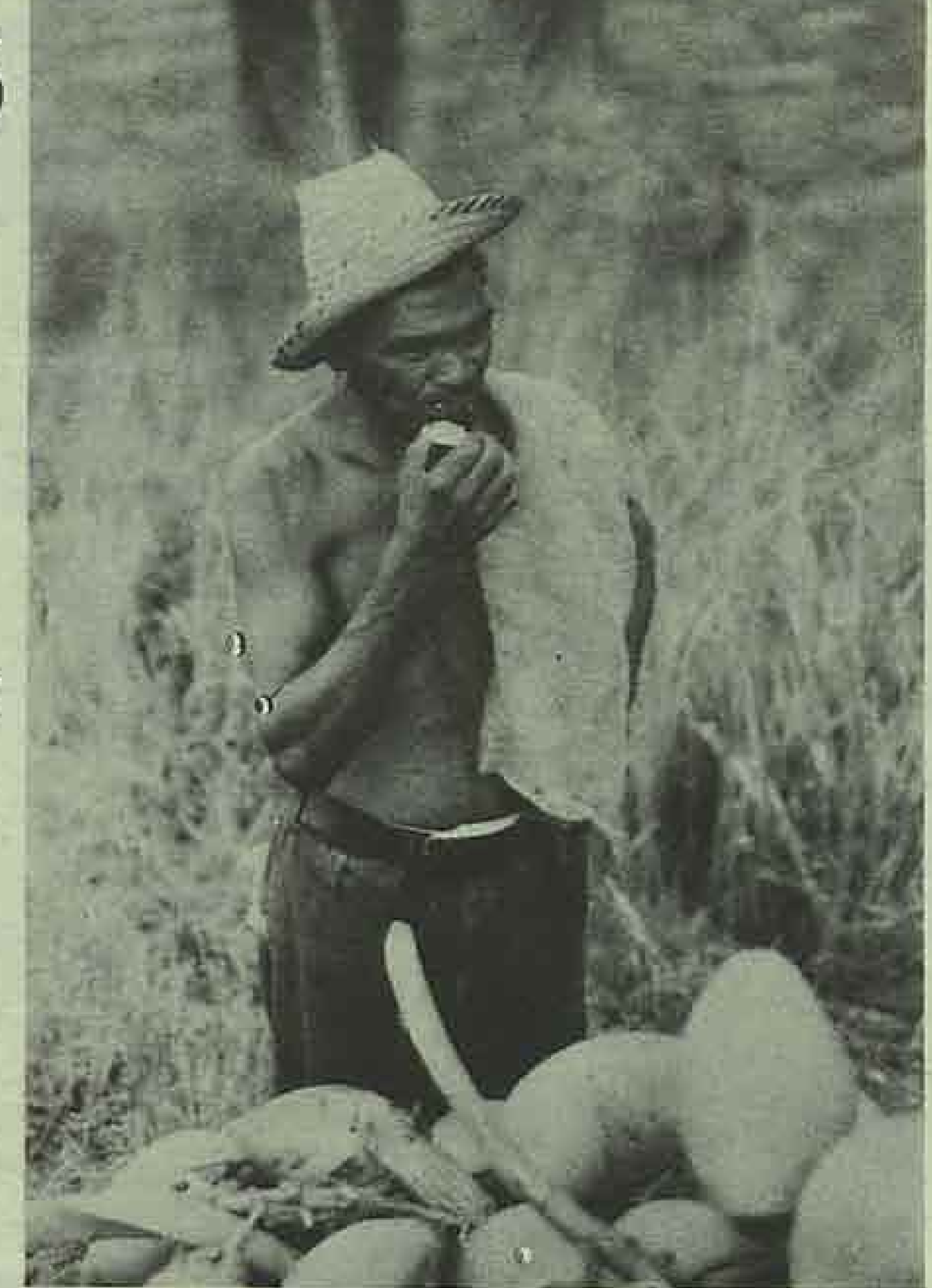
Invitar al visitante a las viejas murallas...



Corona de las frutas

por josé lezama lima


La corona ceñida al verde paraíso, verde floresta o verde real.


El agua es la entraña de las delicadezas.

BASTABA en lo de la fresa o madroñuelo, un grano de pulpa para que lo aromoso se esparciera por toda la noche de la doncella. Había en ese buen olor como una conseja del diablo, como la bolsita que abandona cuando tiene que saltar por los campanarios. Delicia momentánea de lo infernal, abejas del gusto frente a la avutarda de la estancia perenne, un instante frente a una bocanada fría. Antes de venir la fruta a calmar o exacerbar el mediodía inmóvil, era también un arquetipo para los sentidos de interrogante felpa. La fruta, antes que una provocación del gusto, era una coronación de los sentidos, un triunfete de la mansión, al lado de los cuernos del caracol, la curvatura de la hoja, la espina de oro, la oreja. En las vicisitudes de lo frutal, primero la emanación olorosa, pensamiento de un demiurgo que fué de la corteza al dios fluyente.

En la exquisitez de sus agriculturas a lo divino, San Francisco de Sales nos toca con su sabiduría, cuando nos recuerda que si en la lasca lunada de una almendra, grabamos un nombre y lo ajustamos de nuevo a su nuez, todo el fruto repetirá el secreto allí impreso. Parece como si en la almendra hubiésemos deslizado el nombre de María. Y todo el nombre dijese y alzase la que de sus entrañas dió un fruto. La alabanza y la parábola repleta, la alianza de la húmeda sombra y del huevo solar, los dones habladores en la canasta de las ofrendas, al lado de un Hermes priapico, que parece responder a la risotada con la cascada semioculta.

Cuando revisamos la maravilla frutal en manos de los cronistas de indias, nos parece contener, junto al pechazo del faisán alabancioso, como una decepción comparativa. Como quien elogia una piel, pero sueña con un reverso pecoso. Uno de esos cronistas alza el mamey, celebra el rugoso leonado y el suave infierno absorto. Subraya que el hueso tiene "el color y la tez de las castañas injertas mondadas; luego está antes que la pulpa, previo en la ajena golosina de la navidad, y ninguna cosa le faltaría para ser las mismas castañas si aquel sabor tuviese". Está todavía en el recuerdo barroco del gongorino *erizo, el zurrón de la castaña*. En medio de la pulpa americana, busca el cronista la convicción de la almendra amarga, la compresura de la corteza que la fruta alzó por lo terrosa.

Pero el cronista va orientando su navegación de olores, en persecución de las dimensiones de la tipicidad americana. La guanábana, gorgona sin misterio, chorrea nectarillos y hormigas. Ascendió bondad albina, mariscala azucarada, basta ya el rasguño para limpiarle la corteza. Apunta el cronicón: "aunque un hombre se coma una guanábana de éstas que pese dos o tres libras y más, no le hace daño ni empacho en el estómago". Aquí el horno de las transmutaciones pudo llevar la pulpa azucarada al mismo Pegaso sanguinoso, aumentó el horno porque se le lanzó en combustión la misma cabeza del árbol, hablando con una vocecilla de alquimia dulzaina, terrón por lo melosa.

En el ondular americano parece como si la naturaleza hubiese alcanzado los frutos de la sabiduría. Aquí el fruto se ha sacado la magia o la maldición para amigarse con las virtudes salutíferas. Si una mujer en el menstruo, nos dice la graciosa sabiduría de Plinio el joven, pasea por debajo de un árbol, los frutos, aún verdeantes, se desprenden inservibles. Por nuestras planicies parece como si el fruto oyese la melodía de una sangre, que no enemistó la criatura con la naturaleza, sino, por el contrario, parece como si el jugo ascensional, que descansa en la fruta, sintiese las vueltas circulares de una sangre, que transparentó hasta el límite el misterio de una dependencia, al organizar el espíritu de una naturaleza invisible, pero exasperada y clamante. Logra así el fruto como la ley del traspaso de una plenitud sucesiva. En esa cosmogonía el fruto se forma en una naturaleza, ni naturalizada ni naturalizante, pero que forma parte del balido, de la sucesión del oleaje, de la respiración de los astros, de la dilatación de las plantas, prolongados dictados donde la sucesión de la plenitud de las formas, logra inscribir la posibilidad de una aventura que camina dándonos la espalda.

De la medianoche del desierto, dice el profeta Jeremías, viene el agua turbia, que da los melones del retortijo. De la posibilidad americana, viene un agua ejercitada en adentrarse como un buñuelo por las entrañas de la fruta, redondeándose en la obesidad fuerte del luchador japonés. Los antiguos descifradores de lo estelar ponían en sujeción con el planeta Júpiter, lo dulce, la sangre, lo verde y cetrino. Claros signos de lo americano, junto con un agua ligerísima, llevada por la pimienta solar, que se adueña como en el sueño de la carnosidad de la fruta, destilándose un humor, que hace que el sabor se rinda a la pesadumbre de la pulpa, al mismo tiempo que un escozor se extiende por el marfil, la costa de las encías y el cuenco lingual.

Cuando en el tratamiento barroco de las frutas, un Góngora se acerca a la *opilada camuesa*, subrayándole que pierde el amarillo ante el acero del cuchillo, o un canónigo Soto de Rojas, encuentra que el melocotón al ser cortado sangra, tienen ambos que ir a una marcha verbal, en donde la exageración de los primores, revela que el exceso está en la verba, que subraya un encuentro menor, una golosina de melindres. Pero en el paisaje americano, y ahora lo insistimos de nuevo, lo barroco es la naturaleza. Es decir si un *papayo*, mantequilla de las frutas, o una guanábana, plateado pernil de la dulzura, reci-

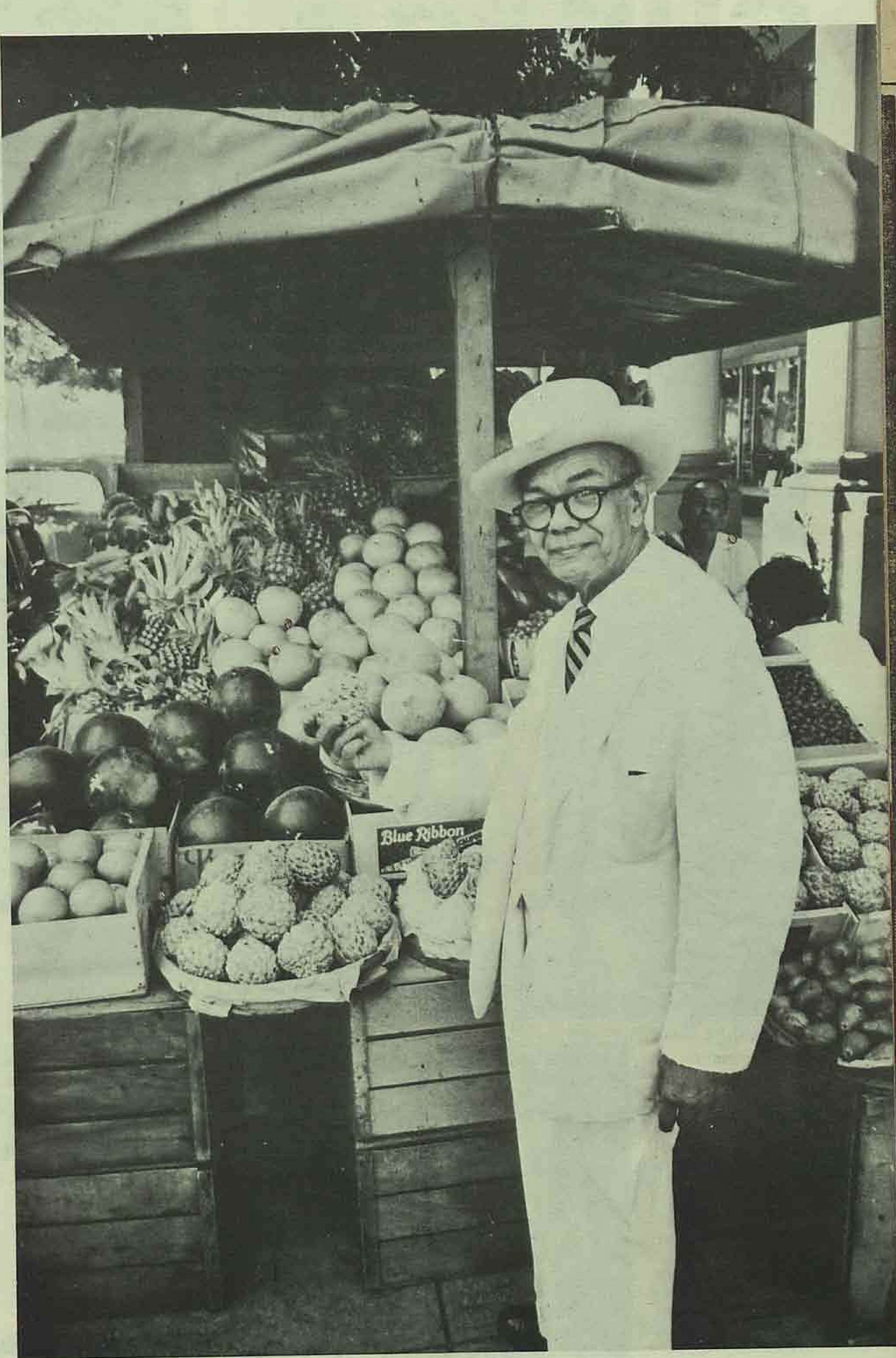
biese el tridente de la hipérbole barroca, sería un grotesco, imposible casi de concepción. Lo barroco, en lo americano nuestro, es el fiestón de la alharaca excesiva de la fruta; lo barroco es el opulento sujeto disfrutante, prendido al corpachón de unas delicias, que en las miniaturas de la Persia o Arabia, eran sopladas gotas escarlatas, yema de los dedos, o pelusillas.

En la clasificación arbitraria de nuestras frutas, las hay en las que predomina la pasta lunar, con líquido azucarado, como caimitos, con sus ribetes de monseñorato, o la derramada guanábana. Las hay con el mismo líquido aljofarado labrando la tierra, como el mamey, que atolondra al extranjero, brindándole por el color un infierno cordialísimo. Hay dos grandes bandos frutales, tan vehementes como las dos familias de gatunos y caninos, los que alzan el mamey sobre la piña. No soy yo de los que me encuentre en esa banda del gusto, que sigo manteniendo como la postura del triunfo de la piña, dicho por todos los citaderos. Su corteza no es de las que ceden al rasguño, antes bien sus escamas parecen guardarla hasta de la caída al mar. Su pulpa hay que reencontrarla con el cuchillo, librándola de unas tachuelas que están como ijares que acicatean la perfumada evaporación. Llevarla al gusto, en el punto donde su dulzor proclama, es ya una muestra de saber trabajar los manjares. Su perfección sutilísima es tan grande, que es como una bisagra con su corrupción. Cuando el color cremoso de la masa comienza a trazar como unos eclipses y oscurecimientos, parece que convertidos en sombra nos deslizamos por las estalactitas del paraíso. Desde Carlos V hasta Talleyrand, hombres de clásica robustez o de demoníaca exigencia, han proclamado la extensión de sus dominios en el cielo del paladar.

Los cronistas al aguacate llaman pera, sorprendidos de esta mezcla de almendra y de pera, de aceite y de misteriosa linfa. Don Juan Montalvo, le llama con desdén carne de perro vegetal y la rehusa en sus banquetes. Qué error. Deslumbra tanto como la piña, aunque su carne es muy a lo humano. Gran asimiladora de la lluvia, la piña se le adelanta por su absorción del rocío del amanecer. Pero hay un rocío fuerte de la medianoche, casi lluvia de caladillo, que parece irle derechamente a la entraña del aguacate. Esta natural retorta de almendras, regala todos los días de medio año, el puré cotidiano de lo maravilloso incorporado.

Como esos combates entre divinidades lunares y solares, tan frecuentes en la India, el mango guarda en su corteza como la diversidad de una paleta crepuscular, o unas valvas moluscoidales de amanecer. Medialuna morada, espirales amarillos, crecientes verdeantes, guardan el ofrecimiento de una pulpa solar acompasada. El yodo que decanta, prez de los capilares, está en las muscíneas de los comienzos. Yodo de algas, de estrellas de mar, de holoturias que chillan los bandazos de la marea. Cuando nos enteramos que dio cuatro frutas el primer árbol de mango sembrado, que fueron vendidas a onza cada uno, precisamos la magia equivalente de aquella contratación, un oro de pulpa que era cambiado por un oro de fiducia. El precio del sabor de este fruto, guarda siempre como la sabor de este fruto, guarda siempre como la nostalgia de aquella onza. Nuestro gusto paga siempre una onza por este asombro de germen solar.

En un trópico que no es el nuestro, el de *Pablo y Virginia*, el crecimiento de un árbol es la marca de una ausencia. En el nuestro, el árbol frutal forma parte de la casa, más que del bosque. Forma plena la de la fruta, es la primera lección de clásica alegría. Es un envío de lo irreal, de una naturaleza que se muestra sabia, con un orden de la caridad, indescifrable, que nos obliga a ensancharnos. Nos dan esas frutas por la incorporación, una plenitud más misteriosa que la imagen en el camino del espejo. Si tapásemos todos los espejos, por donde transita la muerte, las frutas de nuestro trópico, al volver a los comienzos, alcanzarían la plenitud de su diálogo en ese tiempo mitológico. Son un eco, no descifrable, pero sí incorporable, de la dicha total interpretada. Preludian el árbol que acoge la transparencia del ángel, las conversaciones del *hylam-hylam* con el colibrí.



El anón es una sorpresa de delicias.

La música **popular cubana**



Beny Moré, un fenómeno de popularidad y sentido musical.



Para Carlos Puebla la música es un quehacer social.

por alejo carpentier



"Chori", mezcla de "clown" y músico geniales...

factor de *afirmación* **nacional**

Ignacio Piñeiro, una gloria de modestia y de música.





Rolando Laserie, el más reciente fenómeno popular.

Si en algo se ha manifestado tempranamente un carácter de cubanidad integral, es en la música popular, así como en ciertas formas de música bailable —"de salón" la llamaban antaño— que llegaron a actuar, en distintas épocas de nuestra historia, como verdaderos factores de una tenaz resistencia contra lo extranjero. Dotado, por otra parte, de un poder de entendimiento y asimilación que le permitió destacarse como ejecutante y como intérprete en los más diversos campos de la actividad musical, el músico cubano ha respondido siempre, vigorosamente, con los medios de la inventiva propia, a la invasión de ritmos y estilos que le eran extraños, acabando siempre por hacer olvidar a nuestro pueblo una momentánea o fortuita aceptación de géneros musicales europeos o norteamericanos. Habría materia para *escribir* un largo ensayo acerca de las fases de una *resistencia* que se inició mucho antes de que, en la pintura o en la literatura, se hubiese afirmado un acento cubano.

Cuando a fines del Siglo XVIII nuestro Teatro del Coliseo, fundado en 1776, era una prolongación del Teatro de los Caños del Peral de Madrid, y en su escenario se ofrecían constantes representaciones de "Tonadillas Escénicas" españolas de Blas de Laserna, Misón, Esteves o Manuel García, con la presencia de estrellas famosas, especialmente contratadas en la Península, como Mariana Galino o Isabel Gamborino, los músicos nuestros no tardaron muchos años en transformar esas pequeñas óperas bufas —excelentes, por lo demás— en zarzuelas cubanas, donde los payos, las majas, los chisperos, los manolos, de los libretos originales se trocaron por guajiros, mulatas, monteros, caleseros, y otros personajes típicos de la imaginería popular de la isla. Por otra parte, tomando los españolísimos sainetes de Ramón de la Cruz por modelos, el "caricato" Covarrubias (1775-1850) sentó las bases de un teatro popular criollo, cuya trayectoria alcanzaría los albores de la República, con producciones cuyos títulos equivalían a una declaración de principios: "Los Velorios de la Habana", "La Feria de Carraguao", "Las Tertulias de la Habana", etc. La música, huelga decirlo, desempeñaba un importante papel en esos sainetes de buen sabor local.

Del mismo modo, el baile de la *Contradanza*, traído de Francia y de España, no tardó en cubanizarse, hallando una expresión superior en las obras de Manuel Saumell (1817-1870) y de Ignacio Cervantes (1847-1905), músicos que le comunicaron una fisonomía tan original que, hacia el año 1880 hacía furor en Europa un género de composición que era conocido por "danza habanera" o "habanera" —llegando una de estas "habaneras" a inscribirse en la partitura de la "Carmen" de Bizet ... A la vez, obedeciendo a un proceso de evolución debido a la intuición popular, la "Danza" de salón de mediados del siglo pasado se había transformado, gracias a la inventiva de un músico matancero, Miguel Failde, en un género nuevo: el *Danzón*. (Recordemos, de paso, que los cuatro primeros danzones escritos por Miguel Failde, en 1877, se titulaban: "El delirio", "La ingratitud", "Las quejas" y "Las Alturas de Simpson").

Gozaba el Danzón del máximo favor en nuestros bailes hacia el año 1920 —época en que Antonio Romeu, Anckermann, Valenzuela y Corbacho, y otros habían llevado el género a su mejor expresión formal e interpretativa— cuando se produjo en Cuba un fenómeno de penetración de música foránea que no evocamos aquí a título de mera peripecia anecdótica.. Corría nuestra música popular un serio peligro. El jazz, nacido en Nueva Orleans, perfeccionado en Chicago y en el barrio neoyorquino de Harlem, estaba invadiendo el mundo. Estaban en pie las grandes orquestas clásicas de ese género de música que venía a constituirse en una suerte de folklore urbano, actuando con un dinamismo único... Se vivían los miríficos tiempos de la "Danza de los Millones". Era costumbre en aquellos días, que los hijos de familias acomodadas fuesen a estudiar en las Universidades de Harvard, de Cornell, o de Troy —cuando se les destinaba a la carrera de Ingeniería—. Las pianolas (hecho cuya importancia cultural no debe ser dejada en silencio) habían puesto por vez primera, al



El conjunto del "Chori" y su son en conserva.



Un viejo músico de pueblo, con su tuba al hombro.



El baile también puede ser la cuna del amor.

alcance de la clase media cubana, un medio de divulgación musical que era, entonces, mucho más eficiente y activo que el disco. Pero en esos aparatos automáticos no sonaban siempre los "rollos" consagrados a la reproducción de la música seria. Lo que se escuchaba, preferentemente, por moda, eran las llamadas "piezas americanas" —de una factura admirable, por lo demás, puesto que se vivía en el Siglo de Oro del Jazz— que se titulaban "Tea for two", "Whispering", "Hindustan", "Stumbling" , "Kitten on the kees", y otras que han quedado clásicas en el género. También sonaba por ahí, en las noches habaneras, el ritmo sincopado del "St. Louis Blues" de Christopher Handy, el viejo juglar de la Nueva Orleáns... Fué ese momento en que el jazz hizo su entrada en La Habana, traído, en carne y espíritu, por un magnífico violinista, director de orquesta, llamado Max Dolin, quien se presentó al frente de un sólido conjunto de instrumentistas norteamericanos, en un famoso hotel de la ciudad.

Max Dolin era un prodigio en el ámbito propio. Después de demostrar su maestría de ejecutante en la interpretación de un "Concierto" de Mozart (en eso se anticipaba a los alardes de un Artie Shaw), no solo era capaz de divulgar prestigiosamente todo un repertorio que nos venía de los Estados Unidos, sino que se daba a improvisar increíbles paráfrasis, en jazz, sobre los temas de óperas famosas. Las orquestas que entonces dirigían músicos de tan buena cepa criolla como Moisés Simons, Eliseo Grenet, y otros, trataron de seguir sus pasos, impulsados por un prurito de emulación técnica —hecho éste que se observa, desde la Colonia, en el comportamiento profesional de nuestros músicos—. Se vivía una etapa de norteamericanización intensiva en el campo de la música popular.

Tal estaban las cosas, cuando apareció —y nunca se recordará bastante lo que significó su actuación— el Sexteto Habanero. El Sexteto Habanero, ajeno a todas las modas creadas, nos traía el *Son*. El son de Oriente, sorpresivo, raro, poco conocido —o acaso muy olvidado— por el hombre de la capital, que venía a oponerse oportunamente a la ofensiva frontal del jazz. "A la Loma de Belén", "Cabo de la Guardia", "Mujeres, no se duerman", 'Las Cuatro palomas", "Papá Montero", y otros cantos que eran la base del repertorio del Sexteto, se hicieron populares en un día, haciéndonos olvidar lo que el jazz nos hubiese revelado acerca de un tipo de música popular urbana, sumamente estimable, extraordinariamente seductora, pero que estaba en camino de sustituir el arsenal de nuestra prodigiosa batería afrocubana por la presencia funcional del "drum"; de eliminar los elementos sonoros constitutivos de nuestros conjuntos populares en favor de las "brass sections" y de los saxofones, sobre todo, de los conjuntos norteamericanos. Una vez que se manifestaba el espíritu creador, nacionalista, inventivo dentro de lo propio, del músico popular cubano.

Hacia el año 1925, el son era dueño de la plaza de La Habana. Por lo demás, una revalorización de nuestras cosas llevaba los amantes de la canción a escuchar las interpretaciones que, con magnífica prodigalidad, ofrecían Sindo Garay y Guarioné, de "La Bayamesa" y, lo que era más importante aun, de viejas canciones coloniales, ya fuertemente marcadas por el espíritu criollo, como "La Cirila". Eduardo Sánchez de Fuentes, por su parte, estaba muy activo con la constante publicación de melodías no siempre exentas de un cierto italianismo, pero de un italianismo que, al amaridarse con los ritmos criollos del bolero y la habanera, creaba características de estilo —de un estilo que, con el tiempo se va haciendo más nuestro, por un proceso retroactivo de asimilación.

La valorización estética de lo afro-cubano, operada en estos últimos treinta años, hizo el resto. Con las giras internacionales de nuestras orquestas de baile; con la fijación de géneros que ya cuentan con una tradición impuesta a las nuevas formaciones instrumentales; con el enaltecimiento estético de la percusión, de los ritmos, de los giros modales afrocubanos, realizados por artistas como Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla en el campo de lo sinfónico, la música cubana se hizo una realidad pujante, germinativa, conquistadora de espacios. No cabe, en el marco de un breve artículo, pormenorizar los ejemplos. Pero el hecho —hecho positivo, demostrado por el número de ejecuciones, por los derechos de autor percibidos en el extranjero por nuestros músicos, por la universal aceptación que los ritmos de nuestra tierra han recibido en todas partes— es que *una música cubana existe*. Y es porque esa música cubana, desde los días de la erección del viejo Teatro del Coliseo, es una *música resistente*. *Resistente*, en el sentido más cabal de la palabra. Música *resistente* a todas las influencias extranjeras que —con algún derecho debido a la misma fuerza de corrientes exteriores— hubiesen podido desalojarla del ámbito propio. Cuba debe mucho a sus músicos populares, en lo que se refiere a una afirmación de caracteres propios ante el mundo. Al fin y al cabo, la única fuerza sonora que ha podido equipararse con la del jazz, en el Siglo XX, es la de la música cubana. El hecho es tan importante que rebasa el campo de la música para alcanzar el de la sociología.

COMPARSA HABANERA

La comparsa del farol
(bamba uenibamba, bó)
pasan tocando el tambor.
¡Los diablitos de la sangre
se encienden en ron y sol!


emilio ballagas.



La violencia extraña del bembé, en Santiago . . .

. . . por el ritmo incesante de los tambores.

Una fiesta en que negros y blancos son poseídos . . .



un arte abstracto, popular y cubano

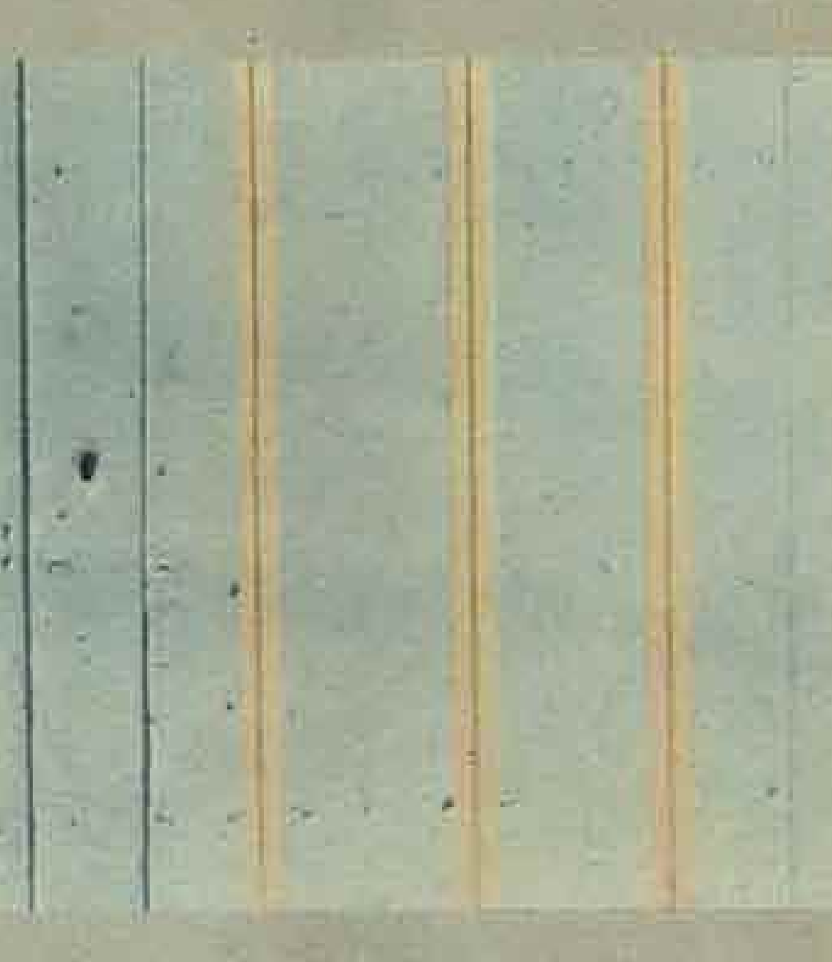
EL mundo geométrico del arte abstracto parecía un oficio de la exclusividad de los pintores modernos. En Cuba, sin embargo, surge por dondequiera. Ya sea entre la sangre y la muerte de una carnicería o en las paredes recién pintadas de Gibara, pequeña ciudad de Oriente, las puras líneas y el ángulo violento y el color vivo, en movimiento sorprenden el ojo del viajero. En Pinar del Río es un árbol muerto, frutecido de auras, nuestros buitres cubanos. En Matanzas es una delicada mariposa que visita una begonia. En La Habana son las formas, torneadas sin violencia, de una bailarina del famoso "Tropicana". A veces se encuentran en Camagüey unas toronjas que forman una pirámide limón y en Guane está la puerta de una carnicería, pintada de rosa subido y morado oscuro; otras, unas cortina que recuerda a la bandera de la República Española pone una nota de vivo color en una vieja puerta del barrio de Jesús María. Pero siempre —previsto o imprevisto, buscado o encontrado por casualidad —el cubano muestra un seguro gusto por los colores y una sabia manera de componerlos y arreglarlos, de extraer del encuentro fortuito entre una naranja y un añil el más puro juego plástico, el mayor refinamiento visual. No hay más que echar una ojeada a lo que nos rodea: allí está la reja de minucioso bordado antiguo, o el mosaico jugoso o una simple pared descascarada: en Cuba el arte abstracto es siempre una obra popular, azarosa.

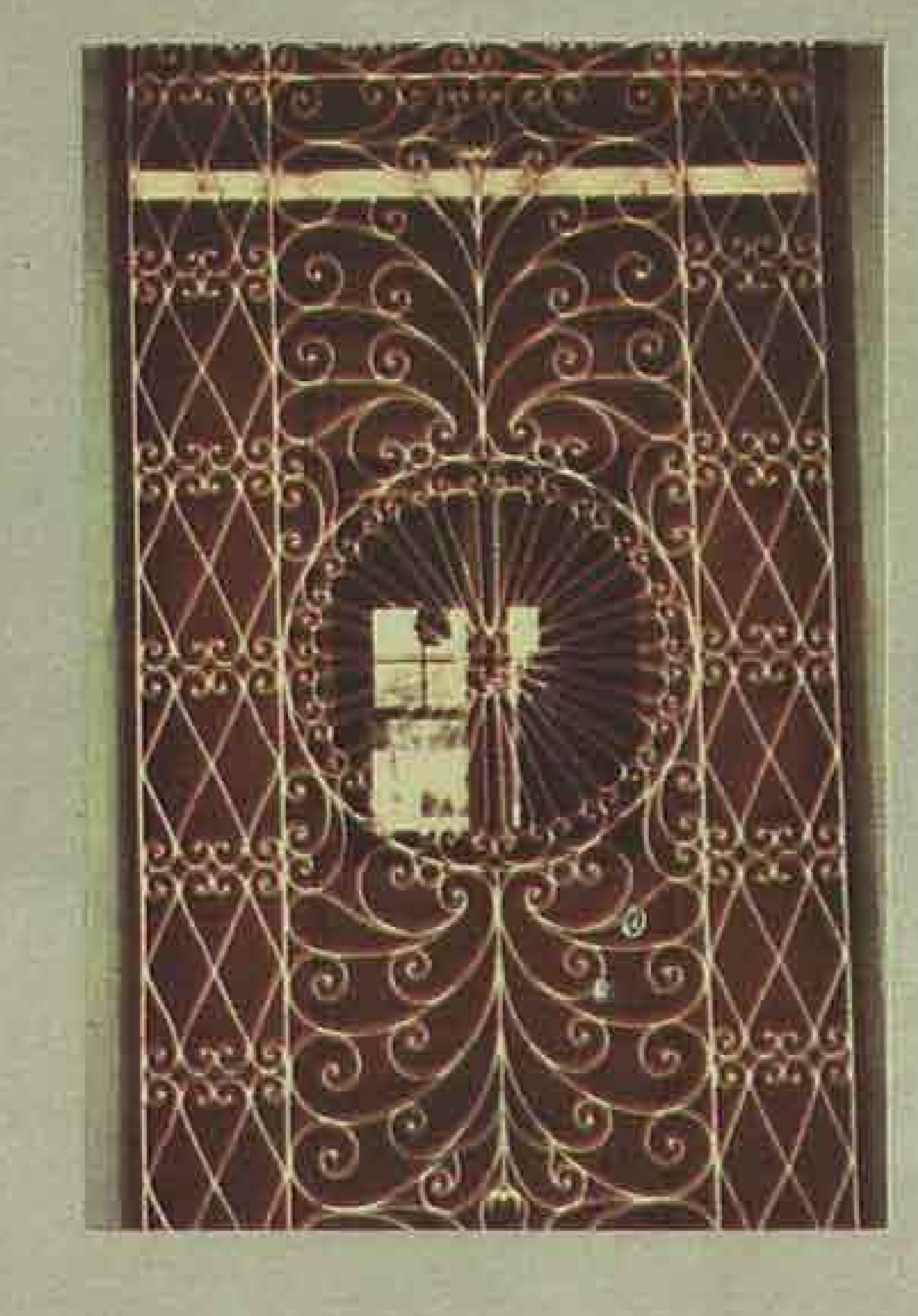




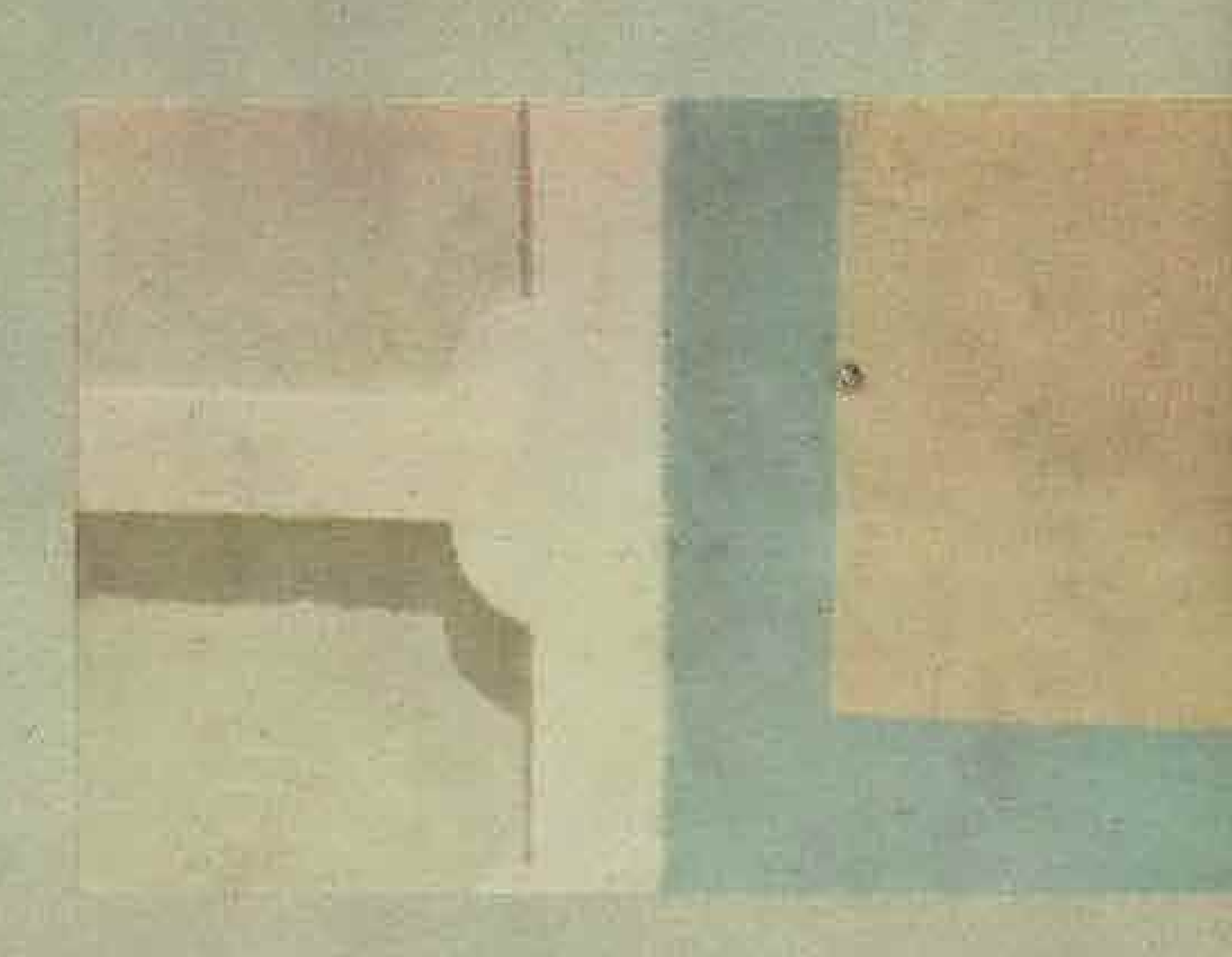








R



popular

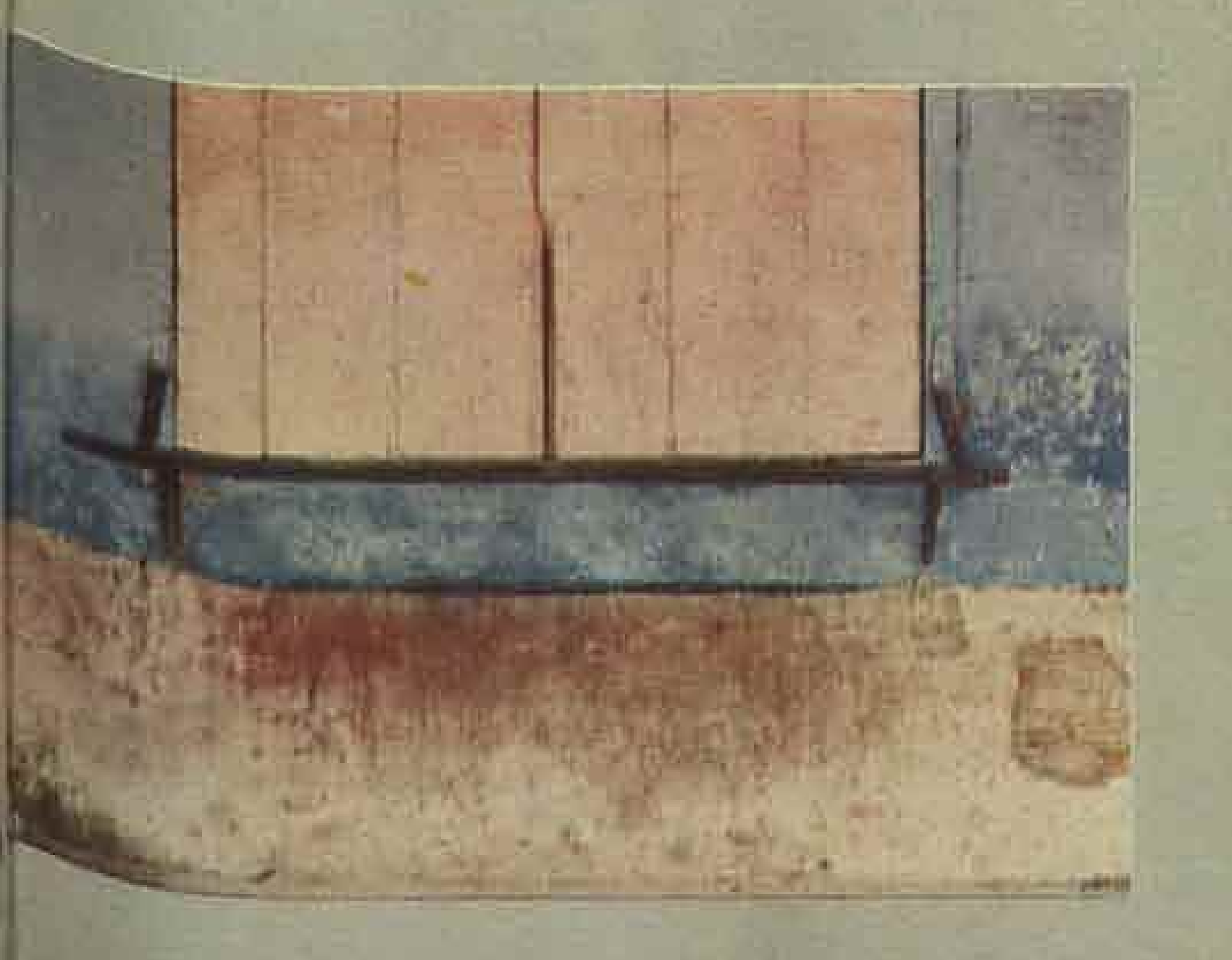








R







La Habana



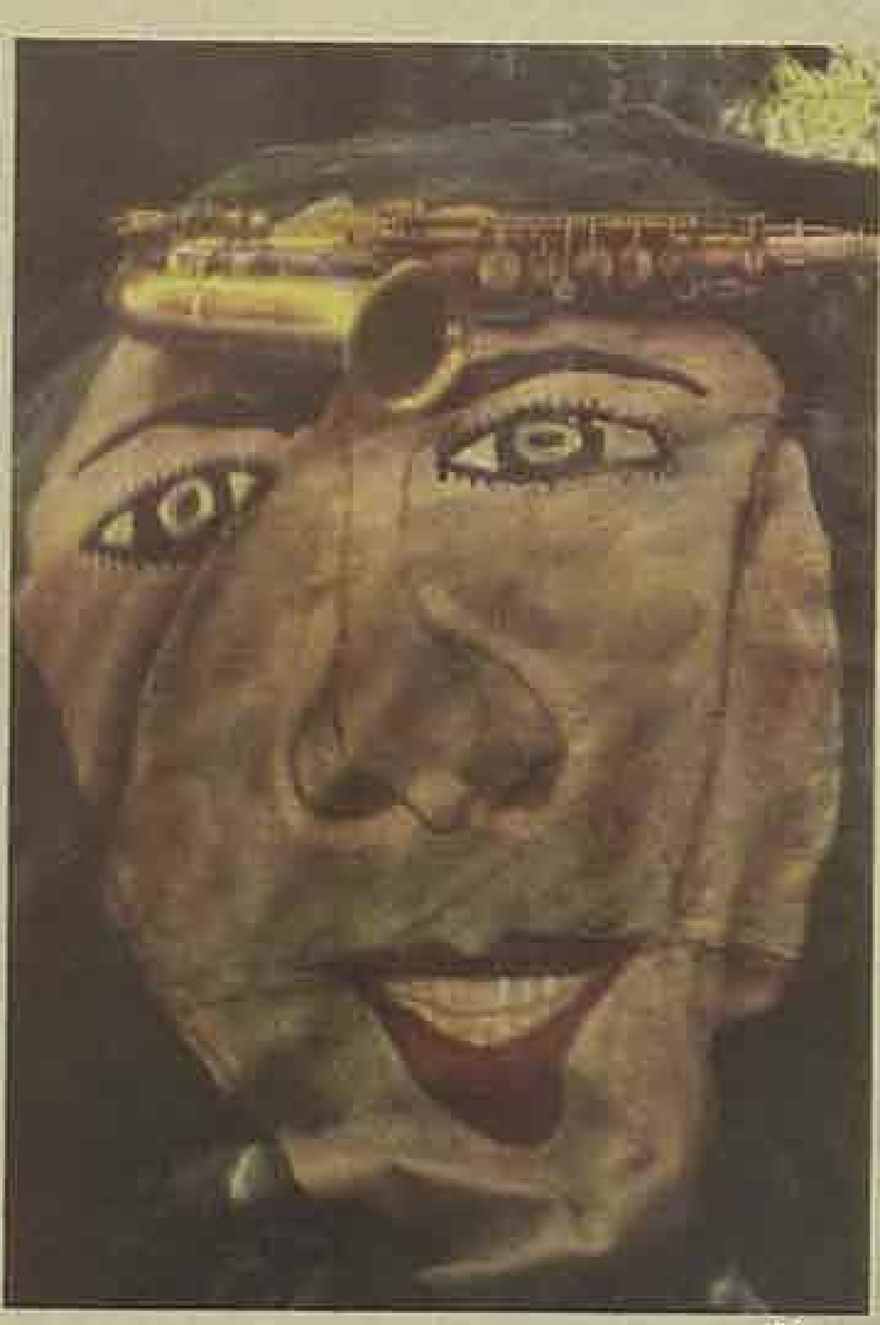
Ballet Alicia Alonso

Cabaret Capri



de noche

Salir de noche a divertirse en La Habana no ofrece dificultades ni pone en aprietos a quien desea hacerlo. La Habana puede a esa hora ser la más solícita anfitriona; puede serlo sin que las exigencias de quien la requiere, puedan frustrarse. Puede ser una extraordinaria transformista, capaz de todos los asombros. Reconocerla vestida con discreción o elegan-



Circo



Cabaret Capri

Las fotos de este número especial son de

jesse fernández,

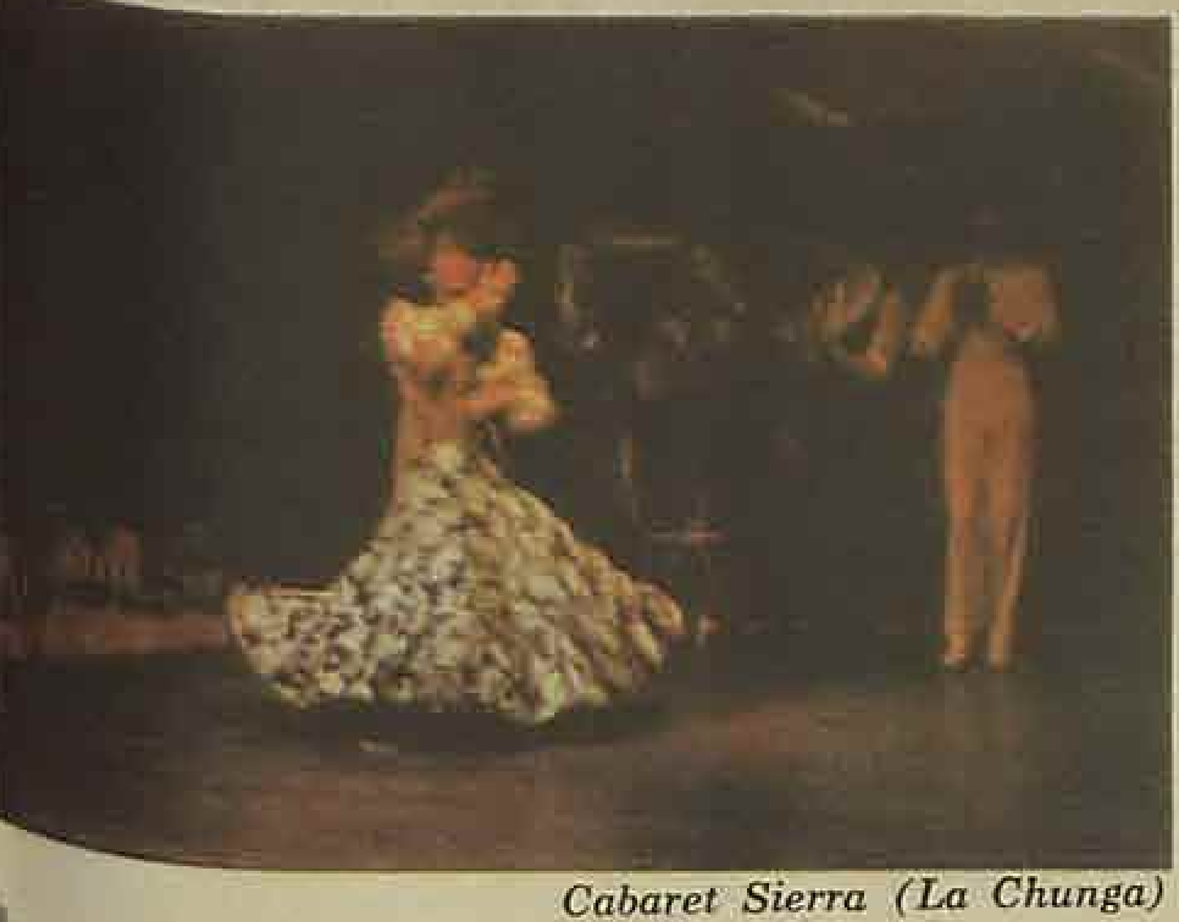
el emplanaje y la tipografía de

jacques brouté

Impresores:

editorial OMEGA s. a.





Cabaret Sierra (La Chunga)

La Habana



LAS VEGAS, cuarteto

cia en el Teatro, el Ballet, la Sala de Conciertos, La Opera o el Cine resulta agradable, simpático. Encontrarla aturdida, ruidosa, ataviada con plumas, collares de conchas, pulsas



Cabaret Capri

de huesos en colores, poquísima tela, casi ninguna, sólo aquella que es imprescindible; bailando, riendo, cantando su música más excitante y díscola es exponerse a que la tentación convenza.

Seguirla, acompañándola o arrastrado por sus encantos es confesar absoluto rendimiento. No obstante, La Habana puede y lo consigue constantemente someter a sus delicias a quien osa provocarla.



La Habana



Gladys, rumbera

Tropicana

